

Repertorio Americano

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

Tomo XLII

San José, Costa Rica **1945** Sábado 29 de Diciembre

No. 9

Año XXV — No. 999

(Palabras dichas en el Homenaje al Maestro Omar Dengo. De sus discípulos y amigos en el 17 aniversario de su muerte, el 27 de Noviembre de 1945, a las 20 horas, en la Escuela Normal de Heredia).

No hace muchos días me envió una universidad norteamericana un cuestionario que contesté inmediatamente y devolví por correo aéreo, a pesar de no usarse en ningún párrafo de la corta carta que lo acompañaba, el término urgente. Me llenó de alegría aquella petición distante, de la codiciosa alegría a quien se ofrece algo que le gusta profundamente y lo acepta, sin terminar casi el ofrecimiento, temeroso de que, sin su premura, sea otro el afortunado.

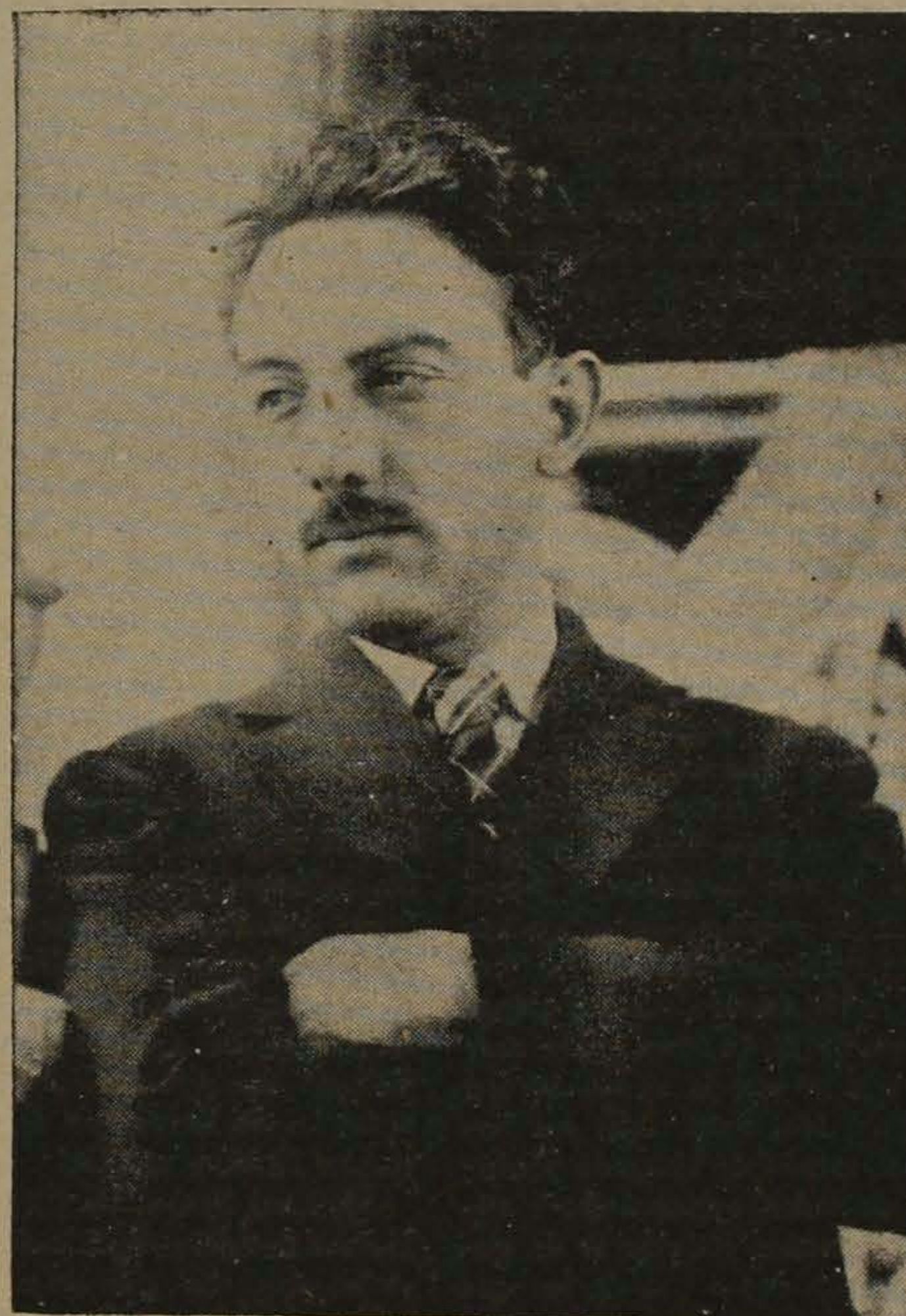
Se me pedía decir si un estudiante, a quien la universidad iba a extender su protección para ampliar estudios avanzados, merecía, a juicio mío, y fundado en el juicio personal propio, tal magnanimidad. En el más afirmativo inglés que pude formar escribí la respuesta que no permitía más que la brevedad. De sus padres, para quienes había un espacio, dije lo mejor afirmando que lo eran del gran muchacho por quien inquirían. Es hijo de uno de los más eminentes costarricenses, dije finalmente.

Y seguí pensando en Omar, el padre del estudiante universitario por quien daba mi parecer. Fuimos amigos y fraternizamos. Y es curioso para mí pensar que esa amistad nació en las aulas del Liceo cuando sus grandes capacidades y merecimientos lo llevaron, todavía muy mozo, a un profesorado en el cual su constante aspiración fué estudiar, más que enseñar. Esta virtud la conservó durante toda su vida. Puedo explicarla diciendo que nos llenó de inquietudes por la lectura, a nosotros, un grupo de estudiantes de cuarto año

PIENSO QUE OMAR VIVE...

Por Juan del Camino

(En el Rep. Amer.)



Omar Dengo

Sumario:

Pienso que Omar vive... Por Juan del Camino.
Crímenes de Biblioteca. Por Antonio Gallo.
Frente a la bomba atómica. Por Luis de Zulueta.
La Prensa de ideas. Por B. Sanín Cano.
In Memoriam. Por Carlos Fernández Mora.
El regalo de Navidad. Por Myriam Francis.
Eduardo Benes. Por Fernando G. Campoamor.
Trópico de Pablo Rojas Guardia. Por Aquiles Certad.
El sabanero Miguel Lara. Por Allen Pérez Chaverri.
Cosas vistas. Por Fernando Figuls Quirós.
Dos poemas. Por Pablo Rojas Guardia.
Esta es Panamá y Tamborito. Por Eduardo Maduro.
Versos. Por Joaquín Gutiérrez.
Socialismo de Estado en China hace dos mil años. Por Juan Marín.
Gloria al Brasil. Por Diego Córdoba.
Ya sin guerra pero aún sin paz. Por Fernando Ortiz.
Más allá del dolor. Por J. Fco. Villalobos Rojas.
Omar Dengo. Por Emma de Gamboa.
Sobre la muerte de Fernando Brenes. Por Eunice Odio.

duchos en el arte de memorizar sin capacidad para asimilar ideas. Nos hizo leer y algunos seguimos haciéndolo con devoción y discernimiento que perduran.

Pudo interesarnos precisamente porque nunca trató de enseñarnos, esto es, no se colocó por encima de nosotros diciendo enfáticamente: Yo soy el que sé y ustedes los que aprenden. No era un profesor más que llegaba a anclarse en la rutina venerada. Siento que su paso por el Liceo fué de empuje, de sacudida, para acabar con el camino trillado, no, mas sí, para indicar que estaba demasiado trillado. Lo aprovechamos mucho y aquel aprendizaje siguió en las aulas y después de ellas. En lo que he leído de don Francisco Giner de los Ríos subrayé un párrafo que mis reflexiones de aquella época estudiantil encuentran hoy apropiado al espíritu nuevo con que Omar hacía su entrada en la enseñanza y educación del país. "Gracias a la teoría dominante — dice el gran español — el niño, y aun el hombre, no van a la clase a discutir, a preguntar, a meterse en camisa de once varas, a poner en apuros al maestro, a averiguar lo que no les importa y a subvertir la concertada armonía

de los orbes; o, dicho de otro modo, no van a despertar los gérmenes de su personalidad física, intelectual, moral, afectiva, a educarse, en suma, en cuerpo y alma, sino a instruirse, "a aprender lo que oyen".

Años después Omar estampa en palabras perdurables como las de don Francisco Giner su concepto del estudiante y la escuela. Está en posesión de un campo de la cultura grande y delicado. Dirige esta Escuela Normal y afirma: "Y suelen merecer, y deben merecer, toda nuestra más devota atención las inquietudes de los jóvenes. Ocurre que pueden llegar al estrado a comentar la palabra del profesor, a confirmarla o refutarla." Tienen derecho de hacerlo, y hay que darles hasta sistemática oportunidad al ejercicio de tal derecho. Sólo temen el ejercicio de los derechos de la juventud los educadores que apoyan su obra en el miedo o en el respeto artificial que a fuerza de convencionalismos imponen. No sabrían qué hacer estos buenos hombres si los jóvenes les perdieran el respeto. En cambio, los que entienden arraigar su obra en el amor, jamás temen la irreverencia. Y cuando hay conflicto entre las opiniones de los jóvenes y las nues-

tras, disponemos de un admirable recurso: darles plenamente la razón, si juzgamos que la tienen: si no, convencerlos de la bondad de la nuestra. Esto que debe ser lo humano donde quiera, la verdad es que en los colegios ha solido entenderse de otra manera. El profesor tiene siempre la razón, debe tenerla siempre. Pobre del alumno que intenta defender la propia, siquiera sea con el más distinguido respeto. Asimismo le cedemos nuestro derecho si es mejor el de ellos, y si no, sacrificamos el nuestro, a cambio de que la juventud tenga el ejemplo de nuestro sacrificio, mil veces más noble que la arrogancia de un triunfo impuesto.

Como estudiante, con él discutimos, con él estudiamos en completa libertad que fué creando una armonía necesaria para el mutuo entendimiento. Nació así un espontáneo respeto que jamás nubló el transcurso del tiempo. En los más devotos a él nació además un cariño firme y sin mengua. Nos encontramos en compañía de amigo sincero que no hacía alarde ni ostentación de sus virtudes y fuimos con él, iniciándonos con él en una vida de estudio y de meditación. Es claro que éramos nosotros los que aprendíamos de él, pero nunca lo vimos con aires de enseñador que pedía obediencia y seguimiento.

Había estudiado Leyes y no quiso ser abogado. Despertaba en la gente exclamaciones de lástima, porque malograba el ejercicio de una profesión brillante, en la cual, con sus grandes dotes, decían, "se habría perdido de vista". Recuerdo cómo se regocijaba burlescamente cuando, para demostrarle lo que había perdido, le decían que como abogado sería un Don Fulano o un Don Zutano, y aquí se usaba el nombre de uno de nuestros personajes del Foro y de la política. Su sólida inteligencia la querían aplicada a la tarea de "ver el proceso, de ver el testamento, de ver papeles", que dice en su burla Gracián, para acabar "con la hacienda y con la sustancia del desdichado litigante." No, imposible, no había en Omar temperamento de abogado y ninguna conveniencia de orden personal iba a anclarlo allí. Y mucho menos todavía la de poder entrar en la política como par de los que estaban señalados ya para ambicionar a la Presidencia de esta sufrida República nuestra. Cómo perduran y han de perdurar sus juicios sobre la política, sobre nuestra política. "Soy ciudadano costarricense —dijo— y he teni-

do oportunidad de apreciar la significación de la política. Más de una vez he estado a punto de afixarme entre sus farsas. No soy siquiera devoto, en realidad, de nuestras maneras de hacer gobierno, dentro de las cuales tanto predominio conquista, trasgrediendo conveniencias nacionales, la mediocrización de todos los valores... Cuando mil y mil ciudadanos miran las funciones públicas como oportunidad de tráfico codicioso, bien les va a los gobiernos mejores si logran sustraerse siquiera un poco a la presión de ese ambiente de piratería... He de añadir que prefiero los hombres de Estado a los simples políticos. En Costa Rica incurrimos en frecuente confusión a ese propósito, sin duda por escasez de los unos y abundancia — ya parasitaria — de los otros. En los primeros, cuando menos hay respeto por principios y visión de problemas de gobierno. En los segundos, o nada hay de eso, o lo que es quizás más grave, hay una simulada y acomodaticia visión de principios. Es más peligroso el político disfrazado de idealista, que el político sin antifaz. Porque aquél desacredita la función de las ideas".

Huía valiente y presuroso de la miserable conveniencia personal que es el modo de medrar del político. Y no era su huida de pusilánime sino de combatiente que se lanza a pelear. Lo asfixiaba la política y decía de ella y de los políticos la verdad sincera. No podía, por los mismo, estar bien ni con la una ni con los otros. Es decir, no era su actitud de equilibrista. Gran disonancia para un medio en donde todo va acomodándose por partes hasta quedar todos cubiertos por un mismo y común interés, el grande y respetado interés del bien nacional, que no es en el fondo, más que el bien de los políticos. ¡Cuánta farsa! ¡Cuánta claudicación! ¡Cómo hasta en las personas conceptuadas como respetuosas de su cultura, de su educación, de sus principios, el caldero de agua hirviendo de la política vaciado en determinado momento sobre sus vidas las va limpiando de la costra que mostraban firme y rebelde!

Hay un drama de Eugenio O'Neil que fija la naturaleza invariable de lo primitivo en el hombre. Su personaje es un negro, pero bien pudo ser un blanco. La civilización había transformado al negro y de él no parecía quedar otra cosa que el color, imposible de destañir por ningún procedimiento civilizado. Era inteligente, era culto, de costumbres y

Para todos sus trabajos en ingeniería y copia de planos, llame a los Teléfonos 5319 (Oficina) o 3201 (Habitación).

Ingeniero RAFAEL E. ROIG V.
Aptdo. Correos N° 523

modales perfectos y la sociedad en la cual vivía honraba en él los bienes de la supercivilización. Mas cierto día este gran civilizado se aleja de la ciudad y se acerca a la selva que poco a poco lo envuelve y le destruye el barniz que en todas sus superficies y resquicios había ido extendiendo la escuela, la universidad, la institución desprimitivizadora. Sus primeros pasos por las marañas de la selva los da erguido, cuidando de la pulcritud de su traje, viendo todo aquello como ciudadano de un mundo que dejó hace siglos de ser influido por ese medio pavoroso. Y la selva lo recibe con sencillez, porque no concita en su daño ninguna fiera alada o terrestre y lo deja pasar como gran señor que ya se redimió de ella y puede ir a través de todos sus confines como amo. Esta es la gran ilusión del negro dramatizado por O'Neil: que la selva no se lo tragará y él podrá usarla como si fuera materia blanda. Y camina un día y otro empieza a cansarse y el cansancio lo despoja de sus ropas, hoy el sombrero, mañana el cuello y la corbata, luego el saco, la camisa, los pantalones, los zapatos por último cuando el andar sobre los troncos de los árboles no puede hacerse sino descalzo, con la planta pegada a la corteza resbaladiza. Es entonces cuando el negro vuelve a ser hijo de la selva que, sin aspavientos, sin azotes le ha limpiado el barniz que la civilización le había extendido sin dejar punto vulnerable.

El personaje de O'Neil pudo ser un blanco atraído por la supercivilización de la política, representada por el jardín o el parque estructurado por el hombre para atracción del hombre vuelto político. En ese edén políticos y políticas, que ya tiene pobladores de ambos sexos, dan sus balbuceos tímidamente, pero muy pronto las modulaciones de la voz son infinitas y resuenan por los innumerables vericuetos de aquel mundo de cálculos, de insinceridades, de simulaciones, de claudicaciones, de transacciones. Decía que en política hasta aquellas personas respetuosas de su cultura, de su educación, de sus ideas se transforman y se despojan tiranizadas por el interés político de cada momento. Ya ni siquiera por un interés político permanente, sino por el de ahora que manda ir del brazo del malversador si ese malversador es el hombre del momento, el político de la hora a cuya voz de mando las jaurías congresiles atacan y se despedazan, se aquietan y lamen. Y es con jaurías con lo que debe darse a los pueblos pan y trabajo, higiene, descanso, un mejor bienestar social. No, no puede ser así y la invención de la democracia económica en contraposición a la democracia política, no es sino el medio que tienen los políticos de ambos sexos para justificar atropellos tendientes a mantenerse en el Gobierno de un país, a conquistar ese mismo Gobierno. Es ansia del Poder nada más, porque solamente el Poder acepta la solución de todos los problemas y la impone sin discusión que es innecesaria, que retarda, que forma opinión.

Podrán decir que los juicios de Omar acer-

JOHN M. KEITH S. A.

San José, Costa Rica

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)

Máquinas de escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)

Muebles de acero y equipos de oficina (Globe Wernicke Co.)

Implementos de Goma (United States Rubber Export Co.)

Máquinas de Calcular MONROE

Refrigeradoras Eléctricas NORGE

Refrigeradoras de Canfin SERVEL ELECTROLUX

Balanzas "TOLEDO" (Toledo Scale Co.)

Frasquería en general (Owens Illinois Glass Co.)

Conservas DEL MONTE (California Packing Corp.)

Equipos KARDEX (Remington Rand Inc.)

Pinturas y Barnices (The Sherwin - Williams Co.)

JOHN M. KEITH Socio Gerente RAMON RAMIREZ A. Socio Gerente

ca de la política son para la de 1922 o 1927, y de cinco años para acá es otra la política y otra la técnica. Sin embargo, no caben esas sutilezas porque lo eterno no son las políticas ni sus técnicas sino el hombre que las concibe todas y las desarrolla todas con lo que tiene dentro de sí, dentro de su alma, dentro de su espíritu, dentro de su pensamiento. Lo que en esta hora de transformaciones reales buscamos en el hombre por quien nos hemos reunido a dialogar en esta sala que tantas veces lo vió erguido con sencillez y sin máculas, es lo que pensó, lo que sintió y defendió con valor, defendiéndolo, no para sólo aquel momento sino para muchos presentes e infinitos futuros. Vivimos un presente ya distante de los días en los cuales él nos dejara sus enseñanzas y en ellas hay inspiración para muchas luchas, para muchos afanes, si queremos en verdad luchar y afanarnos. Hacerle conmemoraciones de aniversario está bien si todos los días del año han sido de compañía.

Y en su gran compañía se puede estar siempre, se debe estar siempre, porque no es de sombra su influjo sino de acicate. El que se une a él se une a la austeridad, a la honestidad, a la más pura decencia. No es que por ingenuidad, por cariño, lo veamos hoy algo así como un paladín de algún puritanismo retrasado. No es tampoco que consagremos al grupo de los justos de la narración bíblica nuestra exaltación entusiasta. No; es que de su influjo no puede librarse el inconforme, el que aspire a que su país tenga las más avanzadas conquistas en todos los órdenes de su compleja vida, asentadas no sobre lodo, sino más bien sobre fundamento estable, limpio de emanaciones dañinas, corrompidas. Pienso, en suma, que Omar vive, que no es un muerto ilustre sobre quien ya cayó la porción de tierra que los hombres arrojan como símbolo de silencio y de olvido. Porque muerto y muy muerto lo quisieran los que encuentran en sus imperecederas enseñanzas, estorbos, acusaciones, y lo invocan como a muerto y con cierto tufo funeral. Es confortante poder hablar de él para uno mismo, porque es como monologar en una aspiración de pedirle ayuda para no abandonar la lucha, para no abandonar los afanes de cultura, para discernir entre la balumba de conflictos que el mundo crea, no para volver al hombre a la condición de liliput, sino para en-

frentarlo a luchas tormentosas, para crearle nuevas capacidades.

"Alguna vez, — dijo Omar, más allá de la presente vida, florecerá en mí el bien y algo devolveré de tanto que ahora se me da. Y si no es cierto que existe el más allá que he visto; es decir, si es ilusión, y habré de volver simplemente al polvo... mi polvo será el más humilde de la tierra. Nadie que imprima sobre él sus huellas sentirá estorbo". Pero no se ha convertido en polvo, no se convertirá en polvo quien eternizó su vida con la palabra y el ejemplo. Floreció y florece en bienes para que se cumpla su aspiración de que el país dé "hombres sinceros, naturales, sobrios, magnánimos, originales, varoniles, modestos, sanos de cuerpo y de alma, amigos invencibles del bien, enemigos implacables del mal, e indiferentes para soportarlo; en vez de esos caracteres falsos y artificiales, crueles y afeminados, consumidos por la fiebre del Jeseo o por el marasmo de la posesión, soberbios y altaneros en el triunfo, débiles y apocados en la adversidad, y que en sus ideas, sentimientos, propósitos, aspiraciones, conducta, y hasta en su rostro y sus maneras llevan estereotipada la indefinida expresión de la vulgaridad con que sella y deprime todas las relaciones el imperio de las modernas mesocracias" como dijera su gran par, don Francisco Giner de los Ríos.

Costa Rica, 1945.

CRIMENES DE BIBLIOTECA

Por Antonio Gallo

(En el Rep. Amer.)

—Nadie ha robado el diamante— contestó el sargento Cuff.

Ambos nos sobresaltamos ante aquella extraordinaria opinión y le suplicamos encarecidamente que explicara qué quería dar a entender.

—Esperad un poco— dijo el Sargento.

Aun no hemos armado el rompecabezas.

—¿Sentís un ardor desagradable en la boca del estómago, señor, y un golpe penoso en la cabeza? ¡Ah! ¿Todavía no? Es lo que yo llamo "fiebre de pesquillante"; la contraí en compañía del sargento Cuff. (Wilkie Collins, *El diamante lunar*, 1866).

Edgar Allan Poe creó el género policial con tres cuentos: *Los crímenes de la calle de la Morge*, *El misterio de Marie Roget* y *La carta robada* (1841-1845). Entre los

continuadores ilustres se cuentan Carlos Dickens y Wilkie Collins. Dickens le debe a Collins —según T. S. Eliot— la trama de las dos novelas policíacas y de la mayoría de las obras que escribió después de 1850, cuando la imaginación creadora del autor de *Memorias del Club Pickwick* sufrió cierta declinación. En *El diamante lunar* —la mejor novela de Collins y de acuerdo con Chesterton acaso la obra más alta del género— el robo y el asesinato no pasan de ser accidentes secundarios. Franklin Blake, por los efectos del láudano, no sabe que tomó el diamante. El asesinato de Geoffrey Abblewhite —en unas concisas páginas finales— no obedece siquiera a la venganza, sino al propósito de rescatar el diamante de Seringapatam



y restituirlo a la frente del dios de la luna. Lo que importa es la desaparición y destino de la gema amarilla, el encubrimiento, tenaz de la joven criada, segura de que el culpable es el amado Franklin Blake, el disimulo de Abblewhite, la lucidez intuitiva de Gabriel Betteredge, el acecho múltiple de los indostaneses, el triunfo y fracaso del sargento Cuff. Lo que importa son los motivos y la conducta de los protagonistas.

Cito esta genealogía y esta novela maestra para afirmar sin temor que los crímenes de biblioteca son asépticos, higiénicos, sin brutalidad. Lo fundamental en ellos es el despliegue de raciocinio e intuición de un pesquisante ideal, tan protagonista como el mismo culpable.

Juzgar y reprobar la novela policial por los ejemplares más deleznales (con efusión de sangre, profusión de disfraces, vicisitudes espeluznantes, artefactos inverosímiles y personajes siniestros) es contribuir paradójicamente a la perduración de lo inferior de este género. El rechazo sin discernimiento y la ausencia de crítica lo declaran dominio exclusivo de autores y protagonistas más que objetables, sin reparar en los escritores de genio e ingenio que lo crearon y desarrollaron. Al cinematógrafo, que por la abundancia de la producción también ofrece películas desdeñables, se lo aprecia principalmente por las obras de arte. No hay instrumento técnico —la cámara y proyectores cinematográficos, por ejemplo— tema, género, ni medio literario que sea artístico por sí mismo. La sola metáfora no es la poesía. De cualquier tema, humilde o censurable, puede hacerse obras maestras. A la literatura policíaca se le reclama lo imposible: un atributo artístico intrínseco y a menudo se le inflige el castigo de menospreciarla entera, tildándola de impropia para la creación literaria por razón de su propia naturaleza. Tampoco me parece atendible la crítica según la cual en un mundo atribulado es superfluo ocuparse en estos

enigmas; la objeción sólo se dirige al género policial y de ser valedera tiene que serlo asimismo para la pintura, la poesía, el cinematógrafo, todo lo que distrae de la preocupación social y política, más importante y urgente. De aceptarse la impugnación se consiente el fin de las artes o se incurre en una arbitrariedad.

Los adictos al género solían justificarlo enumerando los personajes eminentes que participan en el placer de las maquinaciones intrincadas e inocentes de delinquentes y perseguidores. Me parece que hay una justificación más pertinente: acaso nadie censurara una colección que comprendiera a Balzac (*Un asunto tenebroso*, 1841); Poe, Collins, Dickens (*La casa hostil*, 1853 y *El Misterio de Edwin Drood*, 1870); Israel Zangwill, *El misterio del barrio de Bow*, 1891); Chesterton (los mejores cuentos de *El padre Brown*, *El club de los negocios raros*, etc., etc.); Jorge Luis Borges (los cuentos policiales de *Ficciones*, 1944); Aldous Huxley (*La sonrisa de la Gioconda*) y hasta Dostoievsky, con comentarios críticos de Alfonso Reyes, T. S. Eliot y Roger Caillois. La unidad de una "antología" tan enorme, de escritores con tantas semejanzas, estribará en que cultivaron el maltratado género o lo juzgaron según lo merece. Se impugnará el argumento, posiblemente, con este otro: no escribieron sólo novelas o cuentos policiales. No importa la debilidad parcial de la refutación (es un mérito y no una deficiencia del género atraer a poetas y novelistas) y basta oponer la mención de Margery Allingham (*La muerte del fantasma*, 1934); Francis Iles (*Antes del hecho*, 1932); A. A. Milne (*El misterio de la casa roja*, 1922) y de E. C. Bentley (*El último caso de Trent*, 1913), maestros del género, incontaminados de otras especialidades literarias.

Estas antologías —ay!— —excluyen a Nick Carter, Sexton Blake y aun Sherlock Holmes en cuya existencia física e inmortal creen centenares de lectores que aún le envían cartas a Baker Street, domicilio de A. Conan Doyle. Excluyen, además, horrores repetidos y exagerados, asesinatos repulsivos, huellas inexplicables, manchas demasiado misteriosas, venenos desconocidos. No ocultan al lector pistas ni indicios, lo descaminan lícitamente; no presentan personajes ni artificios que no hayan figurado entre los posibles culpables y que no hayan servido para cometer el delito. No omiten siglas ni pasigrafías, máquinas infernales ni cuartos cerrados, errores de identidad o de cálculo; los relacionan con una lógica rigurosa, por obra de la cual vienen a resultar piezas insubstituibles del rompecabezas a que se refiere el sargento Cuff.

"Por lo común —dice R. Austin Freeman— el problema se refiere a un delito no porque el delito sea atrayente, sino porque constituye la ocasión más natural para la clase de investigación necesaria. Por el mismo motivo —la adecuación— se adopta el delito contra las personas más comúnmente que el delito contra la propiedad; por lo general, la sospecha, intentona o perpetración del asesinato es el más adecuado de los delitos. La vida del villano pende de un hilo; y como se quiere que sea un jugador desesperado, es natural que lo aventure todo. El homicidio da a los perseguidores un adversario que se juega la vida y que, por lo tanto, proporciona un tema ideal para el desenvolvimiento dramático". (*El arte del cuento policial*).

Los cuatro capítulos del diálogo entre el juez de instrucción y el asesinato, en *Crimen y castigo*, son un ejemplo excelente. El asesinato es uno de los accidentes posibles en la vida de Raskolnikov en su condición de hombre "extraordinario" que se cree con el derecho de autorizar a su conciencia para franquear "ciertos obstáculos". Un artículo olvidado y aparecido en *La palabra periódica* es el indicio que utiliza Porfirio Petrovitch —gran psicólogo—, para saber que Raskolnikov aprueba el derrame de sangre en nombre de la conciencia y llevarle a confesar. La indagatoria es la coincidencia del análisis de aquél con el razonamiento de éste.

La diferencia esencial de estos capítulos de Dostoievsky con la mayoría de las novelas policiales consiste en que antes del desenlace conocemos al autor y la forma en que cometió el crimen. El interés ya no reside en «cómo» y «quién», sino en «por qué». No es un método ajeno al género, sin embargo, es el seguido por R. Austin Freeman en *El caso de Oscar Brodski*, por Guillaume Apollinaire en *El marinero de Amsterdam* y por varios autores.

Gracias a estas variaciones de las normas establecidas (en las que es tan fértil Chesterton en las cinco series de *El padre Brown* y en *El hombre que fué jueves*), el género no declina ni muere en reglas rígidas ni jeroglíficos monótonos. Gracias a estas variaciones, los cuentos y novelas no acaban en crucigramas y criptogramas reiterados y sigue siendo arte, recreación con ciertas normas. Normas simples, de otra parte, que R. Austin Freeman resume así: "Enunciación del problema; exposición de los datos y hechos para la solución (indicios o pistas); descubrimiento, esto es, culminación de la indagatoria y solución de parte del investigador; prueba de la solución mediante la presentación de los testimonios". Creo que es Chesterton quien propone dos reglas más: después de eliminar toda las imposibilidades, la posibi-

El Traje hace al CABALLERO

y lo caracteriza. Y la

SASTRERIA LA COLOMBIANA

DE FRANCISCO GOMEZ E HIJO

le hace el traje en pagos semanales o mensuales o al contado. Acaba de recibir un surtido de casimires en todos los colores, y cuenta con operarios competentes para la confección de sus trajes.

Especialidad en Trajes de Etiqueta

Tel. 3283 — 50 vs. Sur Chelles

PASEO DE LOS ESTUDIANTES

Sucursal en Cartago:

50 varas al norte del Teatro Apolo

lidad que quede, por improbable que sea, es la verdadera; un sospechoso descartado como tal no ha de ser blanco de nuevas sospechas.

Con todo, las reglas no son lo esencial, sino el análisis y la imaginación. Entonces es un arte en que se ejercita aquella facultad que Poe comentaba: "La capacidad analítica no debe confundirse con la simple inventiva; pues si el analista es inevitablemente ingenioso, el ingenioso a menudo es extraordinariamente incapaz de analizar". El lector se obliga a reunir los eslabones dispersos con intención y a reconstruir lógicamente la cadena de los acontecimientos. De un punto de partida se llega a la solución, pasando por las etapas sucesivas de la perpetración y encubrimiento. Un ejemplo simplísimo: Herbert Dawlish se encuentra en el tren en que viaja habitualmente, con un desconocido que le invita a jugar a los naipes. Están solos en el vagón. Dawlish es jugador experto y acepta; el desconocido triunfa invariablemente y le gana setenta libras; el perdedor necesita el dinero, mata al rival para recobrarlo y arroja el cadáver. En apariencia, no queda indicio alguno. Al día siguiente juega en el tren con los amigos, pero en su baraja de naipes falta el as que se encontró en la manga del muerto". (*El as "perturbador"*, por Heddley Barker, 1925).

Lo interesante es el enunciado y solución del problema, a tal punto que la realización del delito se subordina a la concepción previa de la indagatoria. Es lo que ocurre en un problema famoso: el del cuarto cerrado. Poe lo planteó por primera vez en *Los crímenes de la calle de la Morgue*. Cuando el relator exclama: "¡Dupin —dije yo, completamente acobardado— este pelo es de lo más raro... no es cabello humano!", el lector barrunta que el autor del

asesinato de madame L'Espanaye y la hija no es un ser humano. En efecto, el cuarto cerrado no es inaccesible para un mono. De Poe para acá los cultores del género multiplicaron las soluciones. En *El misterio del cuarto amarillo*, de Gaston Leroux, la víctima, herida por el propio pesquisista en otro lugar, se encierra en la habitación. En *El misterio del barrio de Bow* de Israel Zangwill, un inspector retirado, para vengarse, se empeña en realizar un crimen que los sucesores no puedan descubrir. Por la noche narcotiza a Arturo Constant; por la mañana, llama a la dueña de la casa de huéspedes para abrir la puerta y cuando ésta vuelve la espalda, corta la yugular a la víctima, es decir, el asesinato se comete al abrirse la habitación. En *El que se pasó de listo*, de G. D. H. y Margaret Cole (distinguidos políticos y escritores fabianos ingleses), la puerta había sido cerrada por fuera y el "suicida" había sido ultimado antes de que se oyera el disparo de una pistola con mecanismo de relojería. En

Personas o cosas desconocidas, de J. Dickson Carr, el criminal mata con un cuchillo de cristal, que "oculta" en una jarra de vidrio llena de agua (expediente similar al de Poe en *La carta robada*).

La novela policiaca tiende a modificarse. El Detection Club de Londres, especie de academia, edita volúmenes especiales y estimula sus progresos; la Sherlock Holmes Society de Londres y el Club Baker Street de Nueva York, reúnen manuscritos, analizan problemas, publican biografías. Parece que va a convertirse en novela de costumbres, de temas especiales, porque interesan cada vez más las pasiones, la naturaleza y el razonamiento del delincuente y del detective. A base de una hipótesis se acumulan detalles verosímiles, que crean una realidad de ficción. Como cualquier género, el encanto consiste en la perfección de la propia fantasía. Es el arte de convertir lo ficticio en verdadero, de creer lo increíble.

Buenos Aires, 6-VI-45

Un mensaje a Truman FRENTE A LA BOMBA ATOMICA

(De El Tiempo. Bogotá, octubre 2 de 1945)

Los dos estallidos de la bomba atómica resonaron en todo el planeta. Pero luego se ha hecho un gran silencio.

Se habla poco del nuevo descubrimiento. Seguimos discutiendo sobre los problemas del mundo como si la vida internacional pudiera mantenerse en las mismas condiciones, regularse por las mismas normas de hace dos meses. Las gentes no ven que, de golpe, ha empezado una nueva era, la era de la fuerza atómica, que va a cambiar la faz de la tierra.

Pero los hombres superiores, los espíritus más perspicaces sí lo ven. En los Estados Unidos, unas cuarenta personalidades de la más alta autoridad intelectual han dirigido una carta al presidente Truman expresándole la inquietud que sienten por la suerte de la humanidad. Firman el mensaje hombres como Thomas Mann, Waldo Frank, Max Lerner, Owen Roberts, juez que fue de la Corte Suprema.

Afirman en su carta al presidente que consideran "casi matemáticamente seguro" que la organización de las naciones unidas, tal como se va a constituir, no tendrá capacidad suficiente para mantener la paz y el orden del universo frente a la amenaza de la fuerza atómica. Ninguna nación, ni grupo alguno de naciones alcanzarán a controlar ese nuevo poder, inmensamente superior a todo lo conocido. La única solución consiste, a juicio de los firmantes del mensaje, en establecer por encima de las diversas naciones, una autoridad mundial, un gobierno del universo.

He ahí cómo la idea, utópica ayer, de la unidad política del mundo, aparece hoy como una necesidad práctica, impuesta por un invento técnico de orden material, salido de los laboratorios de la química.

*

Hace cinco o seis años, un escritor norteamericano de vasta cultura científica, George W. Gray, anunciaba que así como el os-

curo invento de la pólvora de cañón fue un hecho más importante que la famosa batalla de Waterloo, así también un reciente descubrimiento iba a tener mayor trascendencia que todos los sucesos que llenaban las páginas de los periódicos.

Se trataba de un descubrimiento hecho en 1936 en el laboratorio de alto voltaje del Servicio de Investigaciones del Magnetismo Terrestre del Instituto Carnegie, en Washington, "Despierta una fuerza del universo ignorada hasta ahora".

Para dar una idea aproximada de la importancia de este hallazgo, lo comparaba Gray, en su libro *Las avanzadas de la ciencia*, al descubrimiento de la ley de la gravitación realizada por Newton en el siglo XVII. Ese se refería a los astros; el actual, a los átomos. Lo mismo que aquél, el descubrimiento presente significará una revolución en la mente de la humanidad. Pero la fuerza dormida en el microscópico mundo del átomo, es incomparablemente más poderosa que la fuerza de la gravitación newtoniana que rige los giros del inmenso mundo de las estrellas. "Si la fuerza de la gravitación fuese como la atómica, una pluma en la superficie de la tierra pesaría billones de toneladas."

"En el mundo-átomo, prosigue Mr. Gray, y no en algún lejano centro de rotación astral se halla la "Central" del Universo...". "Esos ocultos sistemas atómicos ¿son los telares de los dioses?...". "¿Son los telares del Destino?...".

Han sido los telares del Destino. De la infinita pequeñez del átomo y no de la colosal magnitud del astro ha brotado la energía que saliendo del ambiente sereno del laboratorio y entrando en la violenta atmósfera de la guerra, comienza ya a decidir la suerte de la humanidad.

Cuando el invento se desarrolle, los hombres dispondrán de una fuerza prácticamen-

Dr. E. García Carrillo

Corazón y Vasos

Consulta por cita

Oficina en San José

Electrocardiografía
Metabolismo Basal
Radioscopia

te sin límites. "Seréis como dioses"... silbó la serpiente del Paraíso. ¿Qué harán los hombres con esa fuerza ilimitada en la mano?

—O la unidad del mundo y un gobierno del universo, parecen contestar los autores del mensaje a Truman, o el fin del mundo, la destrucción de nuestro cosmos y la vuelta al caos.

Redactada hace sólo unos meses, la Carta de las Naciones Unidas es, sin embargo, anterior a la era de la energía atómica.

Los hombres ilustres que suscriben la misiva al presidente de los Estados Unidos juzgan que el proyectado organismo de la seguridad mundial no será garantía suficiente contra los riesgos que entraña el nuevo descubrimiento. Es un paso, y no desdeñable, en el camino de la asociación de las naciones y de la república del universo. Pero habrá que dar un paso más.

Se cuenta que en la Conferencia de San Francisco un delegado árabe definía de esta suerte, con pesimismo agareno, el funcionamiento de la futura institución internacional:

—Con la Carta de las Naciones Unidas, si hay un conflicto entre dos Estados pequeños, desaparece el conflicto. Si estalla éste entre un Estado pequeño y una gran potencia, desaparece el Estado pequeño. Si en conflicto surge entre dos grandes potencias, desaparece la Carta.

Mas esa opinión con aire de parábola oriental queda también anterior a la era atómica. Somos anacrónicos al hablar de grandes potencias y pequeñas naciones en esta era en la que el átomo es más que el astro. Mañana, en cuanto el nuevo invento se perfeccione, el más formidable Estado-Leviathan con sus millones de soldados y sus gigantescos pertrechos de guerra podrá ser aniquilado en unas horas por cualquier minúscula república o ciudad libre que tenga los medios de lanzar con rapidez y eficacia el rayo atómico.

No habrá en último término otra solución que una federación de las naciones, el gobierno mundial y la renuncia a la fuerza, porque la fuerza extraída ahora de "los telares de los dioses", se habrá hecho demasiado grande para la medida de los seres humanos. A éstos les quedará la justicia.

En su libro sobre *La Idea de la Razón de Estado*, más actual todavía hoy que cuando se publicó, expone Federico Heinecke que al Estado no sólo se le asegura y defiende con la fuerza y el poder sino con la ley moral y los principios del derecho. A la idea del poder, Kratos, hay que unir la de la moral, Ethos. "Kratos y Ethos, unidos —dice Heinecke—, construyen el Estado y hacen la Historia".

En este siglo de las dos guerras mundiales cuyo término ha sido la bomba atómica, el primero de esos dos personajes; Kratos, ha alcanzado proporciones tan enormes que está a punto de destruirse a sí mismo. ¿No es hora ya de que el Ethos, la ley moral, comience a ser el principal artífice del Estado y de la Historia?

Luis de Zulueta.

LA PRENSA DE IDEAS

Por B. Sanín Cano
(De El Tiempo, Bogotá, 4-X-45)

Dios sobre todo, y sobre todo lo demás la idea.—F. Cano.

Corre desprevenidamente en la prensa extranjera el rumor de que *Time*, el semanario norteamericano de Mr. Luce, una de cuyas ediciones dedicadas en inglés a la América Latina se hace en Chicago, se imprime en Bogotá y circula en esta afortunada capital dos o tres días antes de la fecha en que parece publicada, se prepara a darle al escogido y numeroso volumen de sus lectores una revista hebdomadaria de título *Opiniones e ideas*. Esta nueva aventura y el nombre con que se la anuncia parecen insinuar sin malicia que *Time*, no tiene por lo común ni ideas ni opiniones.

Para entender bien el significado de la nueva empresa conviene recordar los modestos orígenes de *Time* y comparar su portentosa vida actual con sus atrevidos comienzos. Dice la leyenda (ya el periódico goza del privilegio de tenerla), que un millonario saxo americano se dejó invadir por el capricho de darles a dos de sus sobrinos sin fortuna la mejor educación por ofrecer a un joven de aquella venturosa nación. Los dos sobrinos correspondieron con su aplicación y su inteligencia a los deseos del favorecedor y al sistema educativo de los Estados Unidos. Obtuvieron las más altas calificaciones y se presentaron con sus papeles al tío para mostrarle cómo habían aprovechado su tiempo y cómo habían logrado satisfacer sus esperanzas. Esperaban tal vez que el excéntrico pariente les ofreciera en esa coyuntura dineros suficientes para lanzarse con ellos al torrente de los negocios y de la vida. Pero el hermano de su padre común, dicen que se espontaneó esta vez en los términos de una solemne extravagancia. "Amigos, les dijo, he pagado para ustedes, sin reparo alguno, la mejor educación de que pueda enorgullecerse un joven en los Estados Unidos. O esa educación sirve para abrirle las puertas de la vida a quienes la reciben y para señalarles además las sendas del éxito en el uso de los conocimientos y de la disciplina adquiridos, o no sirve para nada. Es lo que deseaba saber. De hoy en adelante no cuenten ustedes conmigo, ni con mi capital para nada".

Abandonados a sus propios esfuerzos los dos estudiantes se pusieron a pensar en la manera de aplicar sus conocimientos y facultades a la producción. De sus cavilaciones brotó una grande idea. El mayor y más atrevido de los dos propuso y sostuvo la traza con tanto calor como firme lógica y buenas señales de conocimiento. Proponía, como lector empedernido de la prensa cotidiana, hebdomadaria, mensual y trimestral, la fundación de un periódico semanal sin ideas.

Así nació *Time*. La concepción era tan fascinadoramente original y contagiosa que

los dos estudiantes recién graduados no encontraron dificultad ninguna para que los bancos les abrieran graciosamente sus gavetas. En pocos años el semanario había progresado tan alacre y substancialmente que en la bolsa y en los balances de la empresa figuraba como girado por un capital de trece millones de dólares. A su lado y como injertos frondosos y policarpos surgieron *Life*, llena de estampas, y *Fortune*, el periódico mensual de los capitalistas, de los técnicos y descubridores. Triunfaba y triunfa en toda la línea el semanario sin ideas. Para evitar medirse con ellas ha recurrido a curiosas maneras de expresarse: Una de ellas es el esfuerzo titánico para hacer desaparecer del discurso la conjunción *y*. Como la palabreja es superior a la voluntad de los más tenaces innovadores *Time*, cuando se ve forzado a usar del repudiado vocablo no escribe la palabra inglesa correspondiente sino el signo latino para la etcétera (*&*) y de esa manera ahorra dos signos, lo cual no es una idea sino un hecho. Otra peculiaridad del estilo de *Time* es que al nombrar a las personas se les agrega siempre un calificativo resultante de alguna flaqueza corporal. Se dice Juan Palomeque el tuso, Pedro Advíncula el desorejado, Lucía Polanco la cristalina Pálida. Para caracterizar a uno de los delegados argentinos a la conferencia de San Francisco dijo: "N. N. cuyos hombros llevaban el peso de las agobiadoras instrucciones argentinas y de la caspa", lo cual puede ser un hecho, pero desde los días en que escribía Pepys su diario no se habían vuelto a oír estas lindes sino en la cámara italiana de los diputados antes de "aquello".

*

Ahora *Time* va a sacar un renuevo como *Fortune*, con la mira de propagar ideas y opiniones. Me asaltan dudas especiosas y gravemente oscuras cavilaciones. ¿Qué es una idea? Una idea son muchas cosas. En multi-

plicadas ocasiones una idea es un hecho de tan fecunda capacidad reproductora que se han visto imperios destruidos y épocas históricamente desvanecidas por una idea. Luego pasa que hay entidades ocasionadas a causar grandes perplejidades si se las quiere colocar entre las ideas y los hechos. "Tengo una idea", dice una señora, y va a cerrar la puerta. "Me dijo tales improperios" apunta uno, "que me ví forzado a romperle la cabeza". Y el amigo prudente observa "qué idea!", no se sabe si refiriéndose a los improperios o a la ruptura.

Un amigo me llevó una vez a su casa de campo en New Brunswick (Pennsylvania), para presentarme a algunas notabilidades de la localidad. Mi filiación era causa de grandes sorpresas. "Viene de Colombia", decía mi amigo. "Distrito of Colombia", insinuaba una señora. El introductor explica: "No una república de la América del Sud. Antes se llamaba *New Grenada*. Y la Señora decía, Tancy, que quiere decir: "Imagínese". Otro espectador preguntó dónde vivía ordinariamente el personaje objeto de la exhibición y como le dijeran que en Bogotá quiso enterarse de si se trataba de una ciudad de New Jersey. Le eliminaron nuevas hipótesis diciéndole que era una capital sudamericana situada a ocho mil pies de altura sobre el nivel del mar. La Sra. de la pregunta anterior no pudo contenerse su admiración y exclamó: *The idea*. Para ella la eventualidad de que un grupo humano se cerniera en los aires a 8.000 pies de altura no era un hecho sino una idea insólita y ultramontana.

*

La empresa de crear y mantener con ideas una publicación periódica tiene, aunque no lo parezca, mucho de lo temerario. Las ideas nunca fueron abundantes y en nuestro tiempo se van haciendo no solamente escasas sino evitables.

En el siglo pasado, que tuvo fama de haber descubierto y difundido muchas de ellas, no les impuso esa fama a todos los analistas de ideas. Para Faguet y Grant Allen, espíritus de la misma ocupación, aunque de tendencias no contradictorias ni paralelas, pero, entre largas intermitencias, a veces convergentes, aquel siglo vivió de dos o tres ideas que el primero redujo alguna vez a dos y media. En ese espacio de floridos cien años, casi todos ellos de libertad en algunos países, las gentes escribían novelas, dramas, ensayos, poemas, hasta hirsutos tratados de filosofía con la torva intención de acrecer el tesoro de ideas recibido de las varias épocas en que se divide la civilización. Los diarios dedicaban generalmente el piso bajo de sus páginas a la difusión de ideas más o menos

APRENDA MECANICA DENTAL

La Mecánica Dental es el arte de modelar hábilmente los dientes artificiales (dentaduras, puentes, casquillos, incrustaciones, etc) por medio de moldes que el dentista toma de la boca.

PEDRO SANCHEZ CORDERO

Profesor de Mecánica Dental

Diplomado en Chicago

5 años de práctica en EE. UU. y 13 en México.

Avenida 16 de Septiembre 10, Despacho 305, México, D. F.

Unico requisito: haber terminado la Primaria y dos cartas de buena conducta

De preferencia use correo aéreo

extrañas y proliferantes. Las novelas traían la idea de que eran odiosos e inmorales los matrimonios de conveniencia. Se hablaba en los folletines de la redención de la mujer perdida o de la rehabilitación de los criminales. Ahora la tendencia es a fijar el hecho principalmente en forma gráfica, seductora y sin lugar a equívocos. El puesto que antes ocupaban en los diarios Faguet, Chesterton, Jules Lemaitre, Games Stephen, Ojetri, ahora lo llenan con igualdad y plenitud las historias gráficas, con el beneplácito de las inteligencias primordiales.

Hay, pues, no precisamente un peligro,

pero sí graves dificultades en la empresa de editar un semanario de ideas. La afición a los hechos, a los diseños, es insistente, goza de apetito insaciable y llega en sus aspiraciones a lo indecoroso hasta en las páginas de avisos.

En la tentativa de hacer un semanario sin ideas el creador de *Time* ha obtenido, éxito resplandeciente. Cualquiera puede hacer un periódico sin ideas. Basta un Mamatoco. Hacerlo con ideas es aventura muy cargada de riesgos no sólo económicos sino también de carácter social y religioso.

IN MEMORIAM

(Homenaje póstumo a Margarita Esquivel)

El mundo femenino costarricense ha visto con dolor desaparecer a uno de sus más altos valores del arte. Margarita Esquivel Rohrmoser fué una juventud nerviosa, vehemente, bañada de exquisítes. Tan buena como la mañana; tan buena y dulce como el canto del ruiseñor en las alboradas de oro de la primavera. Pero vino al Mundo con la marca torturante de las almas selectas.

La seguí en su trayectoria de la vida. En el fondo, serena y acogedora como los remansos, plácida como un vuelo de torcaes, tierna como el canto de las alondras. Le faltó una cosa: lograr la meta de sus sueños secretos. Le faltó una voz que resonara en las naves gentiles de su alma con acentos de fervor devoto. Le faltó una mano fuerte e idealista que se posara en las suyas temblorosa de pasión, cálida de gozo. Le faltó unas pupilas ávidas de visiones etéreas que buscaran en las suyas el secreto de la Eternidad...

Temprano empezó a conocer el desgarrador suplicio de los desencantos. No recordó que la juventud debe vivir con rojas sonrisas en los labios y un nido de sonoras esperanzas dentro del pecho.

El Destino, cruel a veces con los mortales, tronchó la vida de esta angelical mujer. No le dió tiempo a desarrollar su obra artística. Su fecunda obra artística!

En sus palabras la consuelen y la exalten. Mis palabras son ecos fieles de un corazón sensitivo que ama y sueña en todos los momentos, de un corazón que siega jazmines y estrellas en los áridos desiertos de la adversidad.

Y Margarita Esquivel Rohrmoser se nos fué del Mundo en una mañana bañada de sol. Fué a buscar más espacio a la Eternidad.

Carlos Fernández Mora.

(Envío del autor,
Costa Rica, 1945)

Un cuento de Myriam Francis

EL REGALO DE NAVIDAD

(Envío de la autora. Cartago, Costa Rica, 1945)

Temblorosa de frío, Leda se arrebujó en las sábanas, y después de titubear un rato se decidió al fin a extender el brazo para apagar la lámpara. Su mano tropezó con un rico estuche de terciopelo azul, que abierto sobre la mesita de noche, dejaba ver una hermosa cruz de platino y brillantes. Quizá el frío de la joya hizo temblar más la blanca mano, que, sin apagar la lámpara, se retiró vivamente y se apretó contra el pecho de su dueña. Levantando un poco la cabeza de bucles castaños, Leda miró vagamente la cruz que rutilaba cual si fuese una cruz de estrellas.

No pudiendo contenerse más después de un esfuerzo de varias horas por aparentar alegría, sintió un nudo en la garganta, se le nublaron los ojos y estalló en sollozos. Lloró con una angustia infinita, como si todo el dolor del mundo se hubiera agolpado en su pecho. Sollozaba amargamente, convulsivamente, con honda tristeza, como nunca había llorado en su vida, a pesar de que se decía a sí misma que no tenía motivo para ello.

El ruido de la calle traía hasta la alcoba la jocunda alegría de la Nochebuena. Luego las campanas anunciaron con su voz de bronce el nacimiento de Dios-Niño, y más tarde los ruidos se fueron apagando poco a poco. Leda, con el alma estrujada por la angustia, y vencida por un cansancio más moral que físico,

se quedó dormida. Su última mirada, aquella noche de Navidad, fué para la cruz de brillantes.

*

La víspera de Navidad, Ernesto la había llamado por teléfono.

—Te veré mañana, Leda —le había dicho.

—No, mañana no — fué la contestación de ella, sin saber por qué.

Pero se vieron.

Para Leda no había momentos más gratos que los que pasaba junto a Ernesto, olvidada de todo, menos de la dulce felicidad de estar a su lado. No pedía nada a la vida, como no fuera el humilde placer de ocupar un pequeño lugar en su corazón.

Caía la tarde de ese día cuando regresó a su casa después de un rato de deliciosa charla, mirando caer la nieve a través de los cristales de la pequeña confitería. Al llegar, una voz rí-sueña exclamó:

—Mira, mira lo que te han traído!

Leda, curiosa, miró hacia donde le señalaba su prima, que le había salido al encuentro. En una mesa, amontonados en desorden, había varios paquetes, cariñosos regalos de sus amistades. Dando exclamaciones de alegría, los fué abriendo uno por uno.

—Y... qué te ha dado Ernesto? —interrogó la prima.

—Sí! Muéstranos lo que te regaló! —pidió el hermano menor.

La voz gruñona de la tía también se dejó oír:

—A ver, a ver ese presente de Pascuas.

La joven se quedó helada. No, nada le había dado Ernesto, ni ella hasta ahora había pensado en más regalo que en el grato regalo de su compañía.

—Nada—respondió con acento indiferente.

—Nada?... No seas bromista! dijo la prima sorprendida y decepcionada. Eso no es posible!

—Bueno, no es una obligación dar para Nochebuena.

—No es una obligación, pero sí es una costumbre —arguyó la tía— y no resulta muy caballeroso, que digamos, sobre todo tratándose de un hombre de posibilidades, no hacer ningún obsequio de Pascuas a la muchacha que corteja desde hace meses...

—Callen! —exclamó Leda templando de ira. Y agregó luego con voz más sosegada, aunque se veía en sus ojos una expresión de animalillo acorralado: —Pues han de saber que sí me hizo un regalo, y magnífico por cierto. Sólo que como son ustedes tan curiosos, no lo voy a mostrar todavía, sino hasta dentro de dos horas por lo menos.

Poco rato después Leda se acordó de una comisión que le había encargado una amiga de provincia, y salió nuevamente, no sin advertir antes con un guiño picaresco:

—Dentro de un rato los dejaré con la boca abierta al ver el regalo de Ernesto que tengo aquí guardado en la cartera.

Y se marchó.

Más tarde, ya de regreso, y después de que su tía y su prima empezaron a burlarse diciendo que no había tal regalo, Leda mostró triunfalmente la hermosa cruz de brillantes.

—Lo ven? — exclamó Leda. Es una joya maravillosa, verdad? Y decían que Ernesto no era un caballero. Es el más caballero de todos!

Y luego, sintiéndose cansada de repente, se retiró a su alcoba.

Tristemente contempló la joya, y dando un suspiro se la puso al cuello, y se miró al espejo. Lucía maravillosa la cruz, sobre el raso marfileño de su piel, colgando de un hilo de platino tan fino que era casi invisible. Luego, con lento ademán, Leda se quitó la joya y la colocó en el estuche, que dejó abierto sobre la mesa de noche. Después, casi sin darse cuenta, dirigió su mirada hacia una gaveta del tocador. Allí, en una cajita con llave, había estado guardando, desde hacía cinco años, todo lo que lograba ahorrar.

¡Cuántas privaciones, cuántos deseos nunca satisfechos, a través de años y años, se habían convertido, al llegar esa Navidad, en aquella espléndida e inútil cruz de brillantes!

MINERVA

Revista Continental de Filosofía
Publicación bimestral dirigida por

MARIO BUNGE

Colaboraciones de investigadores de todo el Continente

Suscripción anual: 10\$ m/a. o 4 dólares.
o 1 £. Número suelto 2\$ m/arg. o 80 Cts. de dólar.

Giros y Cheques a la orden de Adolfo Moringa, Garay 431, Buenos Aires, Rep. Argentina.

EDUARDO BENES

Por Fernando G. Campoamor
(En el Rep. Amer.)



Eduardo Benes

Bojeando las costas de Europa, en su periplo pudiéramos circunnavegar una herradura. Con la quilla aserríamos el hielo macizo de Barents, —vecino polar que no conoce el verde—, o los icebergs que vigilan la bahía de Oslo, colando el sol por el prisma de los témpanos. Nuestro viaje pudiera burlar las rutas comunes y bajarnos a contra-corriente, espumando las aguas soberbias del canal de la Mancha y el Cantábrico que muerde los acantilados del norte español. Torcido el rumbo, cumpliríamos itinerario en los fondos del mar latino.

Golfos abiertos y puertos vigilantes, vida de naturaleza y vida humana nos inundaría las pupilas: Europa desde alfa a omega, confusa y tumultuosa. Y, cuando todo lo creamos visto y cumplido, lo más europeo se nos habrá escapado al cuaderno de bitácora. Anotado en nuestro diario de navegación estará el relieve físico y, acaso, el creyón sutil del ciudadano y su circunstancia espiritual. Pero lo que el ojo no alcanzó porque vive bajo piel, lo más tierno y más fuerte de Europa nos quedaría embolsado en su cuero litoral, en su abrigo de montañas. Como corazón en cuerpo, Checoslovaquia late adentro, con sus minerales y sus razas. Checoslovaquia es íntima y menuda, sensitiva como la vena de sus minas. Entre los Montes Metálicos y la Selva Bohemia, entre los pequeños Cárpatos y la meseta morava, entre los picos de Tatra y la sierra que saluda los vientos del este, en un riñón continental donde filtran las aguas de todas las vertientes, Checoslovaquia lucha, agoniza, permanece. Ella es la decantación de todos y el mirador sobre todos. Vieja como el siglo séptimo y nueva como una novela de Frank Kafka.

Dos líneas trazadas en cruz se cortarían sobre este país que estrenaron los bohemios. Su historia comienza entonces y no ha podido ser decapitada por la Casa de Hapsburgo ni por el Führer nazi. La propia ubicación lo ha endurecido y avisado. Los choques de todas las ambiciones repercuten en Checoslovaquia: su línea de fronteras puede atestiguar la hoja clínica de la fiebre imperialista.

Hijo de su sangre más pura, de su raíz más tersa, es Eduardo, décimo vástago de una familia campesina. En una aldea de gentes que se nutren y techan con lo que trabajan, nació este varón fuerte. Mucho tiempo no siguió anónimo el puebluco de Koslany. Niño pobre, puso sus manos en la temperatura del surco y su esperanza en el tramonto de la lejanía. El trabajo le formó saludable de carne y temperamento, un poco audaz, un más enérgico. Autodidacta, la vida fué cartilla y la voluntad maestro.

Se le hizo pequeño el perímetro natal y, con el germen de una nebulosa que rondaba su cabeza despierta, dejó atrás el camino donde volteara los aros ingenuos de la infancia. París era imán del principio de siglo: un año se le fué silabeando y acentuando el francés; saltó a Londres y echó el idioma en la malleta del viajero; saltó a Berlín y en otro año poseyó el habla de Goethe. Otra vez París y el inevitable periodismo de los soñadores ambulantes. Empezó a ser Benes.

Estudió Derecho, Ciencias Sociales y Sociología, doctorándose con una tesis sobre "El problema austriaco y la cuestión checoslovaca", ya norte firme de su brújula. Trabajaba 18 horas diarias, traduciendo, devorando textos, viciado en darse tomo. De Francia no le quedó por saber. Y desde allí, —resonancia mundial—, le llegó la ola sanguínea de la re-

volución rusa de 905. Tampoco le quedó algo por saber del pueblo hondo de Tolstoy.

Pero la tierra le llamaba. A un campesino de país sin mar, la tierra le pauta el destino como un péndulo inexorable. Volvió a Praga, se doctoró y profesó en la Universidad que fundara Carlos IV. Situado de una vez en el vórtice de su pasión intelectual y política, año sobre año ha acuñado nuevos libros hechos con letra plástica, abierta con espátula, sin fugas retóricas.

La guerra le hizo precipitarse en misión pública. Ya habían recogido muchas cosechas después que dejó el calor íntimo en aquella su casa donde olía a hierro útil, a tierra útil. Alguna noche, conspirando en el movimiento de la Maffia, pasaría por un recodo de Kozlany, húmedo el pecho de recuerdos. Falsificaba pasaportes, burlaba fronteras, se llamaba Belsky, Konog, Sicha, Leblanc, como hiciera falta. Había que responder a la demanda del pueblo, su origen y orgullo, sabiendo que la vida vale por el coraje.

Le sorprende en Suiza la primavera de 1915. Allí está Masaryk, su oráculo, su líder, su conjurado, su afecto. Cuando le despide y marcha en los vagones, aquel Eduard Benes tocado de sensibilidad, posa los ojos agudos en el pezón del Zauberg, la altura solemne de la Montaña Mágica que provocó la más poética prosa de Thomas Mann.

La persecución podaba actividad. Decide salir, y lleva con él los dineros propios y los de su mujer, poniéndolos al uso del movimiento. Para su persona requería poco: era humilde como rancio aldeano.

París le vió de nuevo en sus zonas activas, con notas de prensa en los bolsillos o colocándose en los ministerios. Por intermedio del sabio y aguerrido Stéfánik conoció a Briand, a Tardieu y a Clemenceau. A todos ellos informó y razonó aquel cerebro ajustado. Se hizo columnista de *La Nation* y *Tcheque* que publicaba el historiógrafo Denis.

Masaryk también llegó a la colmena de la Ville Lumiere. Algún cronista les vió en reposo, sentados a buena sombra en los Campos Elíseos, mientras Checoslovaquia era índice y juramento. De allí salió *El Consejo Nacional*.

Avanzó la guerra sin llevárselos en su cresta. Mucha era la cuota de miseria y estoicismo, pero mucho el prestigio y el ejemplo. Checoslovaquia había dejado de ser entelequia, blan-

co indefenso del imperio austro-húngaro. Ya tenía figura y razón, por el pulso estadista de Masaryk y la constancia acerada de Benes. Cuando se izaron banderas blancas en las trincheras, junto a las banderas aliadas se alzó otra de líneas precisas, de colores alegres.

Masaryk, en aquella fértil vida, "llena de paradojas", —hijo de cocheros que durmió en el castillo de los reyes de Bohemia—, desde el otro lado del Atlántico se permitió armar el esqueleto de un nuevo Estado. Lo otro tocaba hacerlo al pueblo, que es músculo y sangre. Gran realista y gran táctico, se fué de la mano de Wilson hasta que logró como legal la letra de aquel borrador que trazara, —mitad crédulo, mitad maniático—, en la margen del Sena.

La acción revolucionaria intestina es de tal medida que no soporta los diques de cancellerías. Aborta el 28 de octubre de 1918 la soberanía de Checoslovaquia. 150.000 voluntarios habían perforado el resto de los ejércitos austriacos. La Conferencia de la Paz se limitó a ratificar un hecho consumado. Masaryk, inteligente a plenitud, repitió su lema: "La verdad vence". Así había gritado Jorge de Podebrady mediando el siglo xv, y así fué la palabra de Hus, aquel monje ya hecho mito, que quemaron como hereje en Constanza: "Busca la verdad; escúchala; apréndela; díla; síguela; hasta la muerte, defiéndela".

Benes regresa a Checoslovaquia en el otoño del 919. La nariz se afiló en el destierro, pero también la capacidad. En la Liga de las Naciones y como Ministro de Relaciones Exteriores, probó calidad visionaria y oportunismo decoroso. Allí condenando lo torcido; acá ligando con vecinos sin odio. La Pequeña Entente y el Pacto con la U. R. S. S. de 1935, son par de signos válidos. Puesto en el timón de la política internacional de su patria, hizo herramienta de oficio la almendra culta de los libros. Invirtió la teoría en práctica, la fórmula en producto. Saltaba de una capital a otra, reforzando, cordializando. Caminó la Europa que conocía y la desconocida. Sus obras —escritas en hoteles, trenes, conferencias— son manuales de política militante.

El tiempo va venciendo lo que nadie domaría. Masaryk ha contado 85 años. Lejanas andan las mañanas olorosas de Hodonin, Viena, las revistas de juventud hechas con la economía del alimento diario. Le quedan los ojos de gris profundo que todo lo entendieron. Llama a Eduard Benes. Sobre un hombro —en gesto de jurar— le descansa la mano que ya tiembla enferma, mano de padre y camarada. Sonríe emocionado el viejo: Checoslovaquia es fuerte y tiene un relevo honorable. Transmite el mando al hombre en quien puede confiar. Una mayoría aplastante hace Presidente a Eduard Benes. Ahora... las cartas más difíciles.

La primera prueba se cumple: muere Masaryk, cuya sombra era un impulso y un bálsamo. Pero Checoslovaquia tenía 20 mil escuelas y sobrepasaba a la clásica Italia en el esfuerzo industrial. En Píbram está la fosa minera más profunda de Europa; la cerveza de Plzen, el jamón de Praga, el calzado de Bata, el cristal de Bohemia son garantías mundiales. Checoslovaquia había dado le hélice, el arado de reja, el arco voltaico. Es un país

(Pasa a la pág. 138)

TROPICO DE PABLO ROJAS GUARDIA

Por Aquiles Certad
(En el Rep. Amer.)



Pablo Rojas Guardia

Al correr de su vida cultural, Venezuela ha dado magníficos poetas. Los nombres de Andrés Bello, primero, y luego, más adelante, los de Arreaza Calatrava, Andrés Mata, Andrés Eloy Blanco, Jacinto Fombona Pachano, Luis Enrique Mármol, Pedro Sotillo, Enrique Planchart, han repercutido a todo ancho y largo del Continente. Luego, han aparecido las nuevas generaciones poéticas. Entre ellas sobresale por su nueva actitud ante el verso, y por la muy varonil frente al oprimido —material y culturalmente— mundo venezolano de la época gomecista, la llamada generación del año 28. Sueño, lucha sorda y definida desde el salón liceísta hasta el franciscano claustro universitario de la Central caraqueña, dentro de los grupos de adoselcentes lectores de Eugenio D'Ors, y de Silva Valdés, cárceles inmundas, picos y palas en las carreteras que exhibían a la luz de una cínica propaganda de la obra de la Rehabilitación, fueron el distintivo varonil y conjugaron este dentro de la actitud literaria, con gesto despierto, de esta generación venezolana de poetas y escritores. De ella salieron cuentistas como Carlos Eduardo Frías, Nelson Himib; novelistas como Guillermo Meneses y Felipe Massiani; poetas, como Pablo Rojas Guardia, Luis Castro, Carlos Augusto León. Pero más luego, tranquilizada en su actitud de repulsa manifiesta al régimen político de Gómez, la generación de muchachos de boina y novia de Parque, se reunieron en el llamado Grupo *Elite*. De éste tengo que partir para hablar de Pablo Rojas Guardia, el más dotado, el más rico y generoso talento de la generación de *Elite*, como cabalmente lo denomina Guillermo Meneses. Pablo Rojas Guardia ha sido elemento-guía, factor de tiempo, oráculo vocacional y meta a la vez, a la cual han querido o aspirado llegar más tarde, ahora mismo, muchos jóvenes poetas venezolanos. No se puede escribir la historia de nuestra evolución poética, a partir de 1926 a 1928 hasta ahora, sin nombrarlo, sin verlo como factor dominante en influencias, en dúctil y noble sumisión de esperanza dentro de la poesía de ahora, la que está germinando cada vez más y más en Venezuela. El es un producto esencial, todo raza y espíritu de nuestra geografía tropical—tan hermosa y salvaje— en la poesía venezolana, en su marcha y evolución. Sus poemas son comentados, discutidos y esperados por todos, viejos y nuevos poetas, amigos suyos, con interés y con ánimo de ver, de saber qué nueva voz, qué nueva expresión trae este gran poeta venezolano. Mocetón fuerte, bronceado, lector admirable, conversador ameno, con su risa ancha y campanil cuando dice el chiste del día en la *peña* literaria, prosista de matices fuertes y de términos concluyentes en el cual se esconde un tipo de periodista polemizador, hombre de brazo dispuesto al golpe castigador de la ofensa a él o al amigo, noble, generoso, con su vida tan variada y angustiosa, de poeta ciento por ciento, a pesar de su primeras poses de magister poético, producto de su adolescencia orteguiana, aquella misma que me hizo cierta vez correr por el cuerpo helados ríos de sonrojo, cuando, muchacho provinciano, flaco y soñador, lo ví por vez primera en la Redacción de *Elite*. Pablo Rojas Guardia, cuyo retrato he pretendido hacer, es hoy en Venezuela, y en América, lo digo de una vez, uno de los más sólidos puntales de la nueva gran poesía continental.

Ha sido siempre el trópico tema predominante en la poesía venezolana. Ese producto telúrico, remontado hacia lo cósmico, hecho migas de sensibilidad en lo alto; esa gama de colores; ese bravío mar Caribe; esos ríos surcados por feroces fauces saurias y

tocados apenas sobre sus aguas por rosadas alas de garzas; ese país que vive junto al cuerpo brillante del sudoroso indio guajiro y el sensual negro de Barlovento; ese pueblo cercano a la montaña fabulosa, cercano al misterio de la selva; el pueblo que vive junto al asoleado vegetal de los pueblos llaneros; que grita su raza fuerte y valiente en el *jipa* sabanero del jinete, y que está hoy forjando una patria noble, digna, con grandes relieves autóctonos nacionales; esa Venezuela de poetas y de artistas, de jornadas épicas y de actitudes líricas; esa Venezuela de la costa erizada de mástiles pesqueros y de brazos tatuados con azules historias de amor y de ficción; esa Venezuela tropical por entero, nos da un factor dominante orgánico; algo que nos hierva en la sangre, nos dilata la pupila en la mirada desafiante al peligro y nos hace poco a poco héroes de nuestra propia vida; ese factor que nos hace amar la tierra, nos convierte en amantes apasionados, en poetas de la calle, en copleros y en rapsodas de los pueblos; ese factor tropical, especial y de contramarcha, sabe también conjugarse dentro de lo universal, dentro de lo templado y lo frío, originando así un conglomerado estupendo de hombres que en América puede y tiene aún que señalar derroteros. En ese clima, en esa vida, está el secreto de nuestra mejor poesía. El verso de las nuevas generaciones poéticas venezolanas ha incurrido, en algunos casos, en tendencias exóticas, europeizantes. Otto D'Sola, el joven y continentalmente venezolano, trajo a la poesía de Venezuela un sentido nórdico y anglosajón de fríos paisajes nevados y de cerrada filosofía; pero en el fondo, en él se reposaban los sentimientos tropicales del suelo —pasión, sexo, lucha— del hombre en contemplación de la apasionante y salvaje naturaleza nacional. Vicente Gerbasi, quien en sus poemas observa una diamantina lírica

de gracioso carácter italiano, ello seguramente por sentido étnico de raza y por su permanencia adolescente en la Península del Dante, deja ver en algunos momentos la encendida naturaleza y sentimiento tropical de su poesía. Ultimamente, D'Sola, como lo apunté en un estudio que a este respecto publiqué sobre este poeta en *El Universal*, de Caracas, ha dado una vuelta completa, en forma, en sentimiento, en argumento, en expresión lírica, en todos aquellos elementos que estructuran su poesía, hacia lo americano. Ya no veremos más golondrinas en paisajes nevados, ni estatuas frías, ni lagos suizos, ni esa mujer imposible como arrancada de las páginas del Werther, en la poesía de Otto D'Sola. El hombre americano, su paisaje, su sueño continental, su arte y su sexualidad fogosa, cunden poco a poco la poesía del autor de *El canto a Humboldt*. Del poeta que bien podemos decir que si ha vivido en permanente conjugación con el trópico, que ha crecido en esa angustia, con esa desolación de mediodía cristalino, limpio de toda mancha blanca en lo celeste, que ha aspirado y expelido el clima tropical de Venezuela y de América, es Pablo Rojas Guardia. Recuerdo sus primeros poemas, aquellos que tanto me impresionaron siendo yo un joven de diez y siete años; su canto a Janet Gaynor, por ejemplo, que si bien era un canto a una mujer del Norte frío, llevaba todo el romántico acento amoroso, sensibilísimo de un corazón tropical; luego, su ya famoso verso *Amanecemos sobre la palabra Angustia*, el cual ha hecho escuela, ha sido definidor de un estado poético universal y tropical, bárbaro, esto último tomado en el sentido primario, bruto, como de mineral sin talla. En su libro *Poemas Sonámbulos* nos dijo Rojas Guardia su angustia tropical, tan suya; todo el sentido romántico, dentro de un equilibrio, como bien lo apuntó Rafael Olivares Figueroa en estudio sobre este poeta; todo ese expresarse en forma tan cabalmente poética de las cosas de la Naturaleza, esa naturaleza con sus paisajes que nos hieren con su luz, como dice Rainer María Rilke al definir a los reyes de leyenda como las montañas en la tarde; toda esa manera de sentir, interiormente, de depurar lo sentido y soltarlo dando saltos vivos, como verde reptil de sensibilidad dentro del poema, lo podemos ver en Rojas Guardia en uno solo de sus primeros poemas:

"Una tras otras,
las gotas suicidaron
su pureza en el patio".

y más adelante, en el mismo poema:

"Ahora, tan solo una,
eferrada a la reja
luce su equilibrio blanco".

Nuevamente el trópico que Rojas Guardia ha denominado *Trópico Lacerado* es tema que predomina y apasiona en la poesía de más reciente factura de este poeta americano. Y al denominarlo así, poeta americano, debo anotar que América fué y sigue siendo tema de primera magnitud en la vida, sí, en la vida, y en la obra, de Rojas Guardia. América lo absorbe, América lo persigue, América lo atrae y lo guía; y bien lo prueba que al ir a ser designado por el ilustre Canciller Gil Borges para un cargo diplomático pi-

dió ser enviado a cualquier país americano. Europa estaba entonces, —esto ocurrió en 1936—, hirviendo en problemas que la llevaban a grandes pasos de corcel desbocado hacia la gran catástrofe. América era siempre acogedora, fértil de promesas y el poeta echó a andar sus pasos de diplomático hacia el país azteca, atravesando en su viaje la América Central: los lagos de Nicaragua, las ruinas de Guatemala antigua e indígena, y la belleza del paisaje volcánico de Costa Rica inflaron las velas espirituales del viajero. De regreso a Caracas, estuvo desempeñando nuevos cargos oficiales, actuó como periodista hasta culminar en la Dirección de la Oficina Nacional de Prensa. Mi amistad con Rojas Guardia, al regresar de Europa, se hizo más robusta y mi admiración creció por el poeta y por el escritor que cada día se acercaba más a su hoy clara, definida y definidora expresión poética. Una tarde le oí decir su poema *Enigma de la Luz Tropical*, en el Ateneo de Caracas; algo completamente nuevo, diferente, más palpitante, más suyo en poesía, había en aquel poema de Rojas Guardia. Comprendí entonces que el rebotante paisaje americano, con sus luces heridas por su propia refracción, con sus frutas azucaradas, melosas y sensuales, estaban llenando las hendiduras de su alma abierta siempre al cielo tropical de América. Más tarde, aquí en San José de Costa Rica, el *Repertorio Americano* reprodujo su *Canto agrario y fraternal a China*, un poema hermoso, humano, visionario, lleno de angustia tropical hacia el heroico y admirable pueblo que vive, muere, sufre y sueña a las orillas del Yant-Tse-Kian. Este poema a China tiene para mí la clave de toda la poesía de Rojas Guardia, la cual a veces suele rozar el aspecto social, sin carteles demagógicos e insinceros, sino que más bien suma el arte en función de arte a lo social, y produce algo noble y humano, como su estrofa:

"Yo sé que China sabe que Venezuela está
sabiendo
que América está sabiendo".

y que encadena el sentimiento de admiración, de comprensión y de futuro hermanable en su hija Sylvia, la que cruza este poema como engarzando las cuentas de un rosario de oraciones de fraternal y reposado futuro. El agro chino, el arroz que sale albo del negro pantano, "la aguja del bambú", el grito de "China, Dios mío", que es toda una oración de dolor por el pueblo que se desangra sobre sus propios pasos en huída de la metralla, en huída de la muerte frente al frío corazón de las pagodas; el canto a esa China que aparece en los mapas con su amarillo color de rosa antigua, se halla amalgamado con su potente corazón tropical en este gran poema de Pablo Rojas Guardia.

Su más reciente libro de poemas que recibo desde Venezuela es una vez más en él la voz del trópico, de su trópico interior, en todos sus variados aspectos: lo impulsivo que queda aún en el muchacho de veinte años que sufrió cárceles y persecuciones; el sexo que vive, se retuerce, se apaga a veces, vuelve a vivir y se exalta, escondiéndose a veces en lírica y tierna emoción, como en el poema *Sólo el viento te besó la boca*, y que luego aparece agresivo, varonil, a ratos como producto de una psicología angustiosa, que busca en algo, tal vez en su misma poesía, la fuga, la huída, el tormento para luego caer en el reposo, tal como en el verso de *Poema; Poesía*.

Hay algo admirable en esta poesía de Rojas Guardia y es aquello de cómo el factor tiempo, factor de reposo, de reflexión, de estudio, depurador de elementos psíquicos y suavizador de aristas, marca en ella una verdadera evolución; Rojas Guardia evoluciona como hombre a la par que como poeta; él trabaja su poesía, usa las herramientas más finas, las de su propia experiencia, y por eso estos nuevos poemas de *Trópico Lacerado* se parecen muy poco, o mejor no se parecen, a los de sus libros anteriores. Y es que la búsqueda del poeta dentro de sí, la manifestación exacta de su propio ritmo, van dando al poeta su tono. Y cabe aquí señalar —y yo puedo señalarlo porque lo he ido observando al través de mi amistad con el poeta— que un poco colmado de adolescente pedantería, tal como lo conocí en el Grupo *Elite*, ha ido cediendo, ha cedido ya, a las embestidas de un nuevo organismo generoso, reposado, maduro, desprendido totalmente de ese estado inútil para la poesía que dan las elevadas posiciones oficiales en Latinoamérica. Por otra parte, el mismo reposo que dan el hogar, la compañera amante y comprensible —la esposa amiga que hoy lo fortalece con su afecto admirable— y la llegada de la hija, así como también la lámpara de luz ejemplar que da la buena madre acariciando la cabeza del hijo en la noche familiar y acogedora, han transformado poco a poco el sentido de altanera actitud que ante la vida, con algo de *snoob*, de estudiado y falso desenfado, en el hombre que yo conocí, pero sin dejar de ser siempre el temperamento más sensible, más noble y más valiente de su generación. Pero este poeta que ahora hay en *Trópico Lacerado* me dice que la vida se ha hecho generosidad completamente en él: ahora ama más su propia poesía, ama más su paisaje tropical, lo siente y dice mejor, porque todo lo tiene cerca de sí: patria digna, madre, esposa e hija plenas de afectos, conjugado todo en su angustia americana hacia una búsqueda —todavía— de un más grato equilibrio.

Muchos años habrán de pasar, así como ocurre en todo, en la vida y en la solidificación de los valores personales en el arte, para que el corazón de este poeta venezolano acreciente

G. E. STECHERT & Co. (Alfred Hafner)

Books and Periodicals

31-37 E. 10th St., New York, N. Y.
Con esta Agencia

puede usted conseguir una suscripción al

Repertorio Americano

más su paisaje interior, tonifique su fronda salvaje de pájaros con plumas multicolores y con mujeres que tienen por sexo una flor como en un cuadro de Salvador Dalí; pasarán y vendrán nuevas expresiones en poesía, los hombres de la post-guerra, entre los cuales está Rojas Guardia, van a decir muy pronto su voz salida del dolor y la sangre hirviente, su voz extraordinaria, quizás más noble o tal vez menos generosa; pasarán muchas lunas, como expresan los indios de América, pero este hermoso libro de poemas de Pablo Rojas Guardia tendrá en todo momento el rótulo de "nuevo y presente", porque en él vive, se palpa una voz continental: si al chileno Neruda están llamando Pablo de América, a este poeta venezolano se le llama ya Pablo del Trópico Amen.

San José, Costa Rica,
setiembre de 1945

Eduardo Benes

(Viene de la pág. 136)

de luchadores y atletas, orgulloso de tener a Comenius y a Macha, arte gótico y renacentista y barroco. El fusil Bren y las teorías de Mendel se hacen un binomio de honor en una tierra optimista y pujante, llena de grafito y sal gema. Y todos estaban junto a Benes, —juntos más que antes—, porque ya apuntaban los puñales nazis su "marcha hacia el este". Para ir al este, el teutón bárbaro debía poner el primer tacón sobre ellos.

Los meses fueron cumpliendo la imaginación aciaga. Se hicieron catecismo alemán las palabras de Bismarck y los geopolíticos del Tercer Reich, en un delirio de *lebensraum*, inventaron derechos sobre las minorías sude-tes. Allí se encargó el canallesco Otto Spann de encender —manes de la propaganda de Goebbels— los rencores dormidos en el fondo animal de la criatura humana.

Otra mañana de setiembre. —1938—, sonaron las sirenas al paso de Hitler por la Avenida de los Tilos. Llegando al *Sportpalast*, los fanáticos alzaron brazos en un mar de swásticas. El amo, petulante, dijo en tono de taberna: "Dos hombres permanecen en guardia, el uno contra el otro. Allí está el Dr. Benes, y aquí estoy yo. Somos dos hombres con concepciones diferentes. En la gran lucha de los pueblos, mientras el Dr. Benes iba y venía secretamente por el mundo, yo como decente soldado alemán cumplí con mi deber. Y hoy estoy cara a cara con este hombre como soldado de mi pueblo. El Dr. Benes debe hacer su elección: o acepta la separación de los sudetes, y con eso dará a los alemanes libertad, o iremos nosotros mismos a buscarla."

Benes se había permitido rechazar un pacto bilateral. Era el primer suicida en un mundo donde se imponía el hábito militar. Benes echó a la cara bandidesca de Chamberlain estas afiladas declaraciones: "Veamos el mapa de Eu-

ANTONIO URBANO M.

EL GREMIO

TELEFONO 2157

APARTADO 480

Almacén de abarrotes al por mayor

SAN JOSE, COSTA RICA

ropa y nuestra posición geográfica en él. Se dice que nuestra situación geográfica es peligrosa. Ciertamente, pero justamente por presentar nuestra posición una importancia grande para toda Europa, puede decirse que nuestro Estado es la clave fundamental de todas las construcciones de la Europa Central posteriores a la guerra. Si fuese atacado, se vería amenazada íntegramente la estructura centro-europea y la paz en toda Europa".

Chamberlain y Daladier respondieron citándose a hora fija en Munich. En octubre, Benes fué obligado a dejar su cargo. La primera víctima pasaba bajo el hacha, mientras protestaba ante el mundo: "Internacionalmente, nuestro Estado existe con fuerza legal. Continúa su existencia y ninguno de nuestros libres ciudadanos lo pasará por alto. No reconocemos, ni legal, ni políticamente, ningún hecho consumado; no reconocemos —ni reconoceremos— ninguna ocupación". Y, otra vez, en una cinta loca, Eduard Benes se veía buscando asilo a la intemperie de los cielos tan mentados por las democracias cristianas de Europa. Su vida había girado en redondo: la peregrinación era el presente. Pero Checoslovaquia, más allá del presente, era en su conciencia clara un alto intemporal, intocable a las cuchillas invasoras.

En la Universidad de Oxford, recibiendo el título de Doctor *honoris causa*, pronuncia esta admonición: "Fui al lado de Masaryk hasta el fin de su vida. El día 27 de setiembre del año 1937 yo le prometí en nombre de la nación entera que nosotros cumpliríamos con su legado. En la tragedia europea de hoy estoy en el mismo sitio donde estaría Masaryk y creo firmemente, que su filosofía y su política vencerán en la misma forma que vencieron en el año 1918".

Checoslovaquia es "protectorado" alemán. Los soldados tudescos repugnan el aire fino de Praga. No se oyen las notas de Smetana. En las alcobas se lee como manifiesto rebelde la poesía de Bezruc, minero de Silesia; Benes recorre los Estados Unidos de Norteamérica, convenciendo, sumando, como cuando hacía los contactos extranjeros de la *Maffia* secreta. Habla en Chicago e informa a Roosevelt. Hombre que no necesita adaptarse a la dinámica, porque es todo potencial, regresa a Londres, donde más hay que hacer, neblinoso en su paisaje y en su gobierno. Una mañana de lluvia indolente se apea en Paddington Station. Las noticias son trágicas.

Establece su guarida en el número 9 de

Grosvenor Place, edificio corpulento en las inmediaciones de Hyde Park. A la lumbre indispensable de un típica chimenea inglesa, sencillo y confiado como siempre, repasa las noches del Palacio Czerlin o las de su residencia de Hradnacy, cuando presidía un pueblo feliz. Se echa a la calle, se va a Manchester a charlar con obreros, escribe, publica. Reorganiza el gobierno en el exilio y lucha hasta verlo reconocido por las Naciones Unidas, mientras el Consejo de Estado le ratifica en la Presidencia. Ante sus miembros dice: "El primer período de la guerra terminó, cuando Alemania atacó a la U. R. S. S.; el segundo acaba de dar fin con la enorme derrota de Rommel en Africa, y el tercero que está comenzando, no terminará sino con la derrota". Siempre penetrante y lógico.

Se va salvando todo. La resistencia en el interior del país está marcada con sangre heroica. Lídice es un símbolo universal de la honestidad civil. Benes —talla ágil, sagacidad realista— se huye por el hervidero de los ba-

rrios londinenses con sombrero chato y bufanda al cuello. Los patriotas han depuesto a Heydrich con un rocío de plomo...

Toma un avión y ya está en Moscú. Siempre ha sido un amigo de la U. R. S. S. En el Kremlin firma una póliza que le garantice las espaldas. "Es el más importante acto diplomático de la guerra". Y estrecha las manos del Mariscal Stalin, mientras deja a Svoboda al frente de los checos que pelean con el Ejército Rojo.

Endurecido en la gimnasia de la insurrección y del poder, tiene la cicatriz y el laurel por igual. Este hombre menudo, siempre razonador e inflexible, ha ganado a punta de cálculo un puesto propio. Europa lo sabe. Otros síntomas no dan los miles de ciudadanos balaceados o las aldeas tachadas en el mapa. Benes mueve el sistema nervioso de su país, como cerebro y motor. Masaryk —máscara aliada en la vejez— dejó en mano de los biógrafos estas palabras de justicia: "Sin Benes no hubiésemos hecho nuestra revolución."

EL SABANERO MIGUEL LARA

(Envío del autor. Es un cuento premiado en el reciente concurso a que llamó la Universidad de Costa Rica)

Reventón de caricias estaba el ranchito. En medio de la noche, la luna jugaba a subir por los horcones y el silencio, temblando de frío, se estremecía entre los zacatales cercanos...

Fué algo súbito y simple. Cuando la palma del ranchito fué impotente para contener tanta soledad, ya Miguel Lara no se contuvo y se lo dijo todo, todo.

Ahora —adentro— mientras las promesas de ella se desgranaban en besos, su corazón apenas aguanta tanta felicidad...

—Miguel, me querés?

Y Miguel no contesta. ¿Qué iba a contestarle? Si "pa ella" cruzó día a día el Tempisque, pa ganarse esos "realillos" en la Hacienda vecina, esos mismos realillos que hoy tienen la forma acogedora de un nido de amor; si "pa ella" lucía ese caballo y esos aperos que le habían costado casi un año de trabajo; si "pa ella" montó el "Tres Vidas", el toro que mató a su primo hermano Lencho; si "pa ella" era toda su vida... Qué podía decirle? Y Miguel calla.

El sol reseco del llano lo había visto nacer y ese sol le coloreó la piel. La vida se encargó de colorear de amarguras y tristezas su alma... Pero eso ya era cosa del pasado. Hoy... hoy estaba ella.

*

Hace apenas siete días que, por obra del amor, entre el deshojarse de la luna, otra flor entregó a los vientos su tributo virginal.

Cuando el azabache de la noche iba disolviendo su melancolía, ya Miguel— a trote largo— camina hacia la Hacienda. Es buen sabanero —como dice don Lico, su patrón, y, por lo tanto, el llano es el primero en recoger su grito saludando al alba "rejega".

El "ganao pachorrudo" supo muchas veces de su impaciencia. Y es que ella era como el imán de mieles con que la flor atrae a la abeja y el corazón de Miguel había estado mucho tiempo como los "pastizales secos" del verano...

Todos los días, al regresar, ella estaba lavando junto a la orilla del río, y él, desde lejos, la miraba; semidesnuda como una extraña flor del agua. Y allí se quedaba, mirándola, casi como se mira a Dios...

Todos los días el Tempisque, anchuroso y sereno, sentía la caricia de sus muslos. Y todos los días Miguel llegaba, la veía lavando dentro del río, la miraba mucho tiempo...

—Rosa...

Y el ranchito recogía la respuesta acariciante de aquel llamado...

*

Aquella tarde "el bayo" sentía en sus ijares la ansiedad de su amo. El ópalo del crepúsculo le ponía color al anhelo tallado en el rostro de Miguel.

Aún le latía en el pecho aquel orgulloso grito con que desafió a los otros hombres de don Lico, cuando se subió sobre el potro montuno que los había botado a todos.

—Era "maldito" el animal, pero, carajo, yo soy Miguel Lara. Y en la Hacienda nadie lo ignoraba. Muchas veces se los había probado.

El camino es largo.

—Faltará un media hora, a buen paso.

Todo ese camino le era querido, porque todo él lo acercaba a los brazos de Rosa. De aquella Rosa que era toda su vida. Si se muriera... No, ni pensarlo. La espuela clavaba en el buen animal la ansiedad de la llegada.

Pronto llegaría a la vega del río. Y la podría mirar, allí, lavando, con su sonrisa hecha como del cielo...

Pronto llegaría.

Su pensamiento no cesa. Era arisca, la fregada. Pero cuando me quiso, me quiso. Me costó "traela p'al rancho". Cuánta serenata. Y el baile de las Abarca. Y Chú, ah, jodido, casi me paseo en su alma...

Pero ahora sonreía. El, Miguel Lara, como siempre, había ganado...

Llegó al último "guácimo", dobló a la izquierda y cogió la vega del río. Llegó

Agencia del
REPERTORIO AMERICANO
en Londres:

B. F. Stevens & Brown Ltd.
New Ruskin House,
28-30, Little Russell Street, W. C. 1,
London, England

Si quiere suscribirse al
REPERTORIO AMERICANO
diríjase a
F. W. FAXON Co.
Subscription Agency
83-91 Francis St., Back Bay
BOSTON, MASS., U. S. A.

al sitio. No había nadie. Las piedras solas, encima la ropa. Se le nubló la vista. Se le subió una angustia que se quedó, por fin, atravesada en la garganta sin poder salir. Pero, luego, sonrió.

—Si me habré vuelto tonto. Ah, seguro está en el rancho, aunque es extraño que no esté aquí, esperándome, como todos los días...

Desmontó. Subió al rancho. Antes de llegar gritó:

—Rosa...

Silencio. Hasta el eco quiso callarse esta vez, porque casi no se oyó.

Ahora sí. La angustia se le volvió como cien cuchillos que le destrozaban el corazón por todas partes. Hubiera preferido morir a pasar esos momentos. Entró al rancho. Nadie. Gritó. Buscó. Llamó. Nadie. Soledad y silencio. La cara se le volvió grotesca, con los ojos fijos, como uno de esos ídolos que sus antepasados los chorotegas habían tallado en piedra. Se

quedó mirando el lecho vacío. Después, sin decir nada, cogió un cuchillo y salió en dirección de la vega del río.

*

El botero Santos lo contó todo en la taquilla del pueblo:

—Esa tarde la correntada del Tempisque era más fuerte. Estaba en mi bote, medio a medio del río, cuando de pronto miré las aguas cambiar un poco de color. Era algo extraño. Puse atención. Entre la correntada venía, dando vueltas, un inmenso lagarto con un cuchillo entre el pecho. Un poco atrás el cadáver sangrante de un hombre era también llevado por las aguas.

El botero calló un momento. Se tomó otro trago, escupió y dijo:

—Más adelante lo sacamos. Era el cadáver de Miguel Lara.

Allen Pérez Chaverri

Noviembre, 1944.

COSAS VISTAS

(En el Rep. Amer.)

Esperando

En la desembocadura del río, donde el mar recibe los torrentes de agua turbia y forma con sus grandes mareas enormes bancos de arena, adornándose con miles de cocos, descansa un pueblecito.

El soporta todos los años las furias del mar y las crecientes violentas del río; él vive la inmensa pobreza de una población de pescadores y se ilusiona con proyectos de empresas que tarde o temprano vendrán a explotar los bosques, las aguas y las gentes.

Así, abandonado de toda civilización, monótono y lánguido, descansa el pueblecito envuelto entre la bruma de la costa atlántica.

Junto al viejo muelle, troncos ruinosos cargados de parásitas, conchas, he observado un ranchito de palmas, humilde, lleno de sombras y que al mismo tiempo, tal vez, por la posición que ocupa, parece muy solo, como abandonado. En la pared, frente al muelle, hay una ventana y una cara de mujer que observa el mar, persistente, con mucha languidez y mucha dulzura.

Con el transcurso de los días observo más y más y voy adivinando entre la ventana que aquellos ojos tan negros, tan ansiosos de algo están llenos de sombras, están pidiendo una luz, están suplicando, un consuelo. En su pelo tal vez unas hebras plateadas brillen, pero no puedo dejar de observar esos ojos, tan humildes y tan tristes. Inconsciente con el transcurso de los días, yo también permanezco en el muelle mirando el mar, con angustia y lle-

nándome de dudas y de sombras; permanezco muchas horas, no me importa el tiempo ni me intereso por nada; sólo vive en mí la preocupación de esos ojos negros que impasibles permanecen en la ventana, mirando a lo infinito, mirando el mar.

Ya en mí es una obsesión, tengo cita diaria con el muelle, tengo que estar ahí, sentado, mirando, y las horas y los días pasan y cada hora y cada día es peor, es un fuego que no me deja, es una inquietud desesperante y al mismo tiempo, ¡cuánta calma! Ahí sentado en el muelle horas y más horas mirando el mar, como esos ojos negros, que miran y miran y miran indefinidamente... Amanecía brumoso, y una vieja lancha se arrimaba al muelle, despacio, crujiendo su armazón. El acontecimiento se transformó en una enorme gritería de chiquillos, correr de gentes que se reunían en una esquina del muelle esperando que se repartiera la correspondencia. Ahí los encontré, ahí estaban, los ojos, los ojos negros. Ella esperaba como todos esperábamos, y al mirarle la ansiedad enorme que traslucía su cara fui comprendiendo y más la entendí, cuando quedamos solos en el muelle y con las manos vacías... El atardecer caía con una lluvia muy suave. Allí en la ventana del ranchito ella estaba mirando el mar. La observé triste, sus ojos llenos de dudas y con destellos de reproches seguían tenaces mirando, siempre mirando el mar. La noche llegó oscura y llena de zancudos. Una inquietud enorme me llenaba de tristeza. Sin darme cuenta estaba junto al muelle, mirando el mar, comprendiendo todo lo que no sabía de unos ojos negros y tristes, llenándome de las amarguras de ellos, sintiendo lo que ellos habían sentido infinidad de noches.

Una carta que quizá no llegue nunca...

Un papel que tal vez no se ha escrito, y allá, en el silencio de un pueblecito abandonado, en un marco de una ventana unos ojos esperan llenos de angustias... ¡Y están esperando todavía!

Allá, por un caño del río...

Hacía unos años que habían llegado al lugar, tal vez buscando el refugio de una tierra tranquila o tal vez buscando nuevas tierras más fértiles para el maíz que alimentaría los nuevos retoños de la pareja de indios. Nadie supo del día en que llegaron ni nadie sabía cómo y en qué tiempo habían construido el rancho.

Fué una de las tantas cosas que presentan las grandes montañas.

Fabricaron su bote y cuando llegaron por primera vez al pueblo, para cambiar cueros de lagarto por tabaco y unos trapitos con que cobijar al indiecito que ya venía, los pobladores de la región se dieron cuenta de los nuevos vecinos. El idioma y las facciones, su tamaño pequeño, y un movimiento oscilante, como si llevaran una gran carga en la espalda, delató la raza de los "mosquitos".

Nadie logró hablar con ellos más que las palabras necesarias para hacer el intercambio de productos. Nadie supo de ellos nada.

La vida monótona del río transcurrió serena. Los años se fueron amontonando y la pareja de mosquitos vivió llenándose de indiecitos salvajes, de ojos negros llenos de temor.

En el pueblo se hablaba de una milpa grande, allá por un caño del río, de yuca y otros cultivos que habían logrado ver los cazadores a su paso. Pero nunca se vió que llegaran a vender sus cosechas, por lo que esos informes no tuvieron importancia.

Cierta vez, al llegar una lancha los marineros contaron que un indio, allá por un caño del río había salvado a uno de los pasajeros, y admiraron la destreza de sus movimientos en el agua. En el pueblo todo mundo habló ese día del mosquito, pero pronto se olvidó y el pueblo siguió amontonando los años.

El invierno pasado fué fuerte. El río creció como nadie lo había visto antes. Las turbias aguas arrastraron animales y grandes árboles que pasaban a una velocidad fantástica. El cielo cubierto de nubes no dejó de chorrear agua durante muchas semanas y el río crecía cada vez más.

Con los días vino la calma. Los trabajos prosiguieron y la vida se reanudó cansada, monótona.

Los cazadores llegaron contando que al pasar, allá por un caño del río, adonde vivía un mosquito no existía nada. El agua había arrasado las milpas y el rancho; sólo una enorme charca quedaba de los terrenos cultivados.

Esa tarde el pueblo volvió a hablar de los mosquitos, pero pronto se olvidó y los años siguen amontonándose sobre la aldea monótona y cansada.

Bajo la lluvia

Llovía fuerte, gruesas gotas estaban cayendo desde muy temprano. Las charcas se llenaban y el río crecía lentamente.

En el cielo plomizo parecía que toda el agua del mar estuviera en él, y cuando la brisa meneaba las palmeras y los cocos, caía el agua más fuerte, dejando como bramidos flotando en el aire.

Asomándose al interior del rancho y

Si Ud. reside en la Rep. Argentina, suscríbase al **Repertorio Americano** por medio de la:

AGENCIA INTERNACIONAL DE DIARIOS

A. BARNÁ e HIJO — Buenos Aires
Lavalle 379 - U. T. 31.
Retiro 4513

alzando la voz para dominar el ruido que había, el negro José dijo: —Alisten el angelito, que ya la caja está.

En el rancho estas palabras fueron suficientes para que todos los negros y negras detuvieran sus cantos y conversaciones, y se dirigieran a una esquina, adonde en una tabla estaba muerto uno de los hijos de José. El rostro negro y tranquilo del muerto había bastado para el diagnóstico de todo el vecindario. —Murió porque Dios necesita angelitos. ¡Como ahora hay tantos hombres malos!

Entre dos hombres transportaron la caja con el negrito muerto a un bote, pues tenían que pasar a la otra orilla, adonde quedaba el cementerio. Las mujeres lloraban, gesticulando entre gritos, y cuando el bote se alejó, río adentro y bajo la lluvia, en la orilla se escucharon los lamentos de las mujeres y la

gruesa voz de los hombres cantando.

Cayó más la lluvia mezclando el atardecer con la noche. El rancho se fue quedando vacío y las voces se perdieron con el golpetear del agua. El negro José regresó solo en su bote. Su traje empapado de agua se pegaba a su cuerpo y por la gruesa cara de duras facciones, resbalaban las gotas de agua dejando una estela brillante.

Cuando entró al rancho se quedó en la puerta mirando la esquina y en la esquina, la tabla. La luz del candil reflejó su rostro que fue suavizándose, dulcificándose hasta la resignación.

—Díay José —dijo la mujer— ¡está llorando!

—No mujé, é la lluvia caído to el día.

Fernando Figuls Quirós.

Costa Rica. 1945

DOS POEMAS DE PABLO ROJAS GUARDIA

(Sacados del libro *Trópico lacerado*. Caracas. 1945)

ENIGMA DE LA LUZ TROPICAL

No es la luz bailarina
de la mañana,
que juega a despertarme;
ni es la puerta del cielo
de la ventana.

No es el ruiseñor frutal
de la manzana;
ni la luz dominical
de los duraznos,
con esa piel de amada en vacaciones.

No es la luz campesina
—de campesina alcoba—
que brilla, ruborosa,
en el pezón del mango;
ni, tampoco, la extranjera,
fría seda de la pera.

No es la adolescente de la fresa
que se entrega encendida,
y a escondida;
ni la luz hospital de la guanábana.

No es luz anhelo de la palma
en cuya cima
otra raíz de luz inicia el vuelo;
ni es la luz mariposa
del bucare-acacia-cundeamor,
donde juega a sangre de paloma
el rubí de la flor.

No es luz paloma de la espuma,
que se tiende en la playa
como una sábana;
ni es la ola, no, de la paloma,
que hace una isla nieve de la loma,
y espuma del palomar.

No es la luz de la nieve,
que madura,
despoja a los valles de sus ríos;
ni la del río,
que no puede llevarse las estrellas.

No es la luz
—reposo y prisa—
del agua estancada,
que es un viento que detuvo el vuelo;
ni la de espantapájaros de la rama abatida;
ni la que vive, dormida,

en piedra, noche, mueble, mina,
y en el fondo del mar.

No es la luz del hilo
—¡tan delgada!—
que ilumina el ojo de la aguja;
ni la de la llave,
que engece el de la cerradura
e ilumina la puerta.

No es la luz emoción
de su mirada,
donde un pájaro canta
para mi corazón;
ni la abrasada luz magia de sus manos
que en la obscuridad
decora el lecho donde caeremos...

Es la luz agonía
en donde muero y renazco,
cada día.

Y la que bate los flancos
del poema,
¡y no aprisiono!

SOLO EL VIENTO TE BESO LA ROSA

Con los dedos apenas comenzando
el redescubrimiento de tu cuerpo;
con las rotas palabras secas alas
aleteando sobre tus senos y la tarde;
con ardores tan sólo, con temores,
me acercaba hasta la rosa
que yo soñaba en ti, mi amada.

Tú estabas bajo el árbol del crepúsculo
deshojando los fuegos de la tarde
y los contactos míos deshojando:
apartabas colores, y suspiros,
olvidada del mar, y mis premuras,
con los ojos ya turbios, como llaves
que te abriesen las puertas de la dicha.

Una escarcha de amor vistió tus poros.
Y el fuego sangre que incendió mi cara
en fauno afán de brisa crepitaba
en la tarde de estampa virgiliana...
¿Qué túnel de catecismos y dolores
abrió de pronto en ti su negro velo
que sólo el viento te besó la rosa?

ESTA ES PANAMA

(Envío del autor)

Chiquita pero hermosa, joven pero fuerte y libre, nueva pero rozagante y llena de miras al porvenir, esa es la tierra mía. Se la ve dibujada en el mapa, diminuta y alargada sobre el tramo de un istmo, y se la señala en las escuelas extranjeras como el puente del mundo y como el sitio donde se levanta un canal ingente, obra de manos creadoras y amigas. Yo la señalo como el centro nervioso de la vida, como el amado suelo mío, como la hamaca blanca y dulce donde se meció mi primera existencia y donde se alarga feliz la otra época de mi vivir. Así es Panamá. Vibradora, despierta, pródiga y valerosa. Sería ante los peligros, brava ante la amenaza de sus enemigos, acogedora al inmigrante infeliz y al turista ávido de novedades y de inquietudes. Y para todos tiene el colorido de sus calles, el encanto de sus bosques, el ritmo de sus altas palmeras, la delicia inefable de sus aguas saladas y tibias, la seguridad de sus moradas atractivas, lo pintoresco de sus pueblos interioranos, que sirven para vivir, para reposar y para amar. Dichosa tierra que Dios bendijo, caro suelo istmeño, adorado rincón, deja que ensalce tus grandezas, deja que te alabe así tanto como tú lo mereces. Tú eres sola y única en mi mundo. Quiero admirar siempre tu Avenida Central capitalina, tus torres fuertes que erigieron los bravos españoles de tiempos idos, tus parques llenos de sol y de árboles viejos, tus chicas endomingadas, tus montunos galanos, tus paseos, tus cielos, tus ríos frescos y profundos. Y así evoco a Miró, que te supo cantar como yo no lo puedo hacer. Y recuerdo a tus fundadores, que se han ido ya casi todos, y tus relatos históricos, donde palpitan al unísono el patriotismo y el arrojo. Crece, crece, Panamá, siempre airosa como una niña mimada de tu interior, y vístete de pollera con tembleques y collares en los días de fiesta. Y déjame ver siempre tus valles y tus montañas y celebrar tus glorias y tus ambiciones. En ti quiero vivir y en ti anhelo morir. Y ansío, cuando ya la vida se haya esfumado en mi pobre ser, que mis restos duerman por siempre en suelo panameño, en esa tierra plebética de gratos efluvios y de vivas promesas; en esa Patria de brisas y de sol, que amo por lo chica y por lo mía y porque lleva atado a sí, de un modo perfecto e inalienable, un jirón inmenso de mi alma.

Eduardo Maduro.

Panamá, octubre de 1942

En San Juan de Puerto Rico
consigue Ud. la suscripción a
este semanario con:

A. VICENTE & Co.

P. O. Box 241

En Caracas, la consigue con:
Doña CELIA DE MADURO

Apartado 481.

VERSOS DE JOAQUIN GUTIERREZ

(Envío del autor. Santiago de Chile, 1945)

EN su ventana
crecía un clavel.
Me lo dió anoche.
Qué será dél?

SE llamaba Ramona
y tenía el corazón
en la boca.
Yo era deportivo,
ella era ingenua y gorda.
Le pagué con un libro de versos
y una rosa.
Cuando la recuerdo siento un escozor.
Dicen que se volvió loca.

FUIMOS a buscar orégano
y el campo estaba en flor.
Yo no tuve la culpa,
no!
Yo no propuse sentarnos
a la sombra del higuero.
Yo no sabía
que en tus pechos jugaba un tuisenior.

CUECA DE LA NIÑA QUE SE CASO
CON OTRO

Hoy oí campanas
—María Cristina—
bajo del agua.

Bajo del agua,
ay, sí!
que se mojaban.

Estaba el agua limpia,
limpia y muy clara.

Y las campanas:
plata con plata.
Y espuma también?
Ay, sí!
Espuma y plata!

Ella casó de quince
en el Convento de Las Claras.
Conmigo?
Ay, no!
Tanta campana!
Tanta campana, ay sí!,
bajo el agua.
Tanta campana
(¡solo!)
que se mojaban.

COMPAÑERA

Hace mil días cambié mis dedos solós
por diez dedos atados a tus trenzas,
mi trigonometría por tu delantal blanco,
mi manojo de meridianos por tu parrón y tus
[ciruelas.

Vine desnudo
y me vestiste de abejas.
Vine áspero y rugoso
y me lavaste y me secaste con el fino lino de
[tus primaveras.

Hace mil días que vamos juntos.
Sólo tú has dado. Escoge ahora
lo que quieras:
Tengo un bazar de quimeras,
un barco que va donde le da la gana
sin brújula, sin timón y sin velas,
y una bandera roja,
una bandera!!

SOCIALISMO DE ESTADO EN CHINA HACE DOS MIL AÑOS
Wang-Mang un Emperador Socialista

(En el Rep. Amer.)

En el filo de la Era Cristiana, en el primero y segundo decenios D. C., reinó en China un Emperador al cual los historiadores han llamado durante muchos años Wang-Mang "el Usurpador" y al cual se empieza a llamar hoy con el apodo un poco más benevolente de Wang-Mang "el Socialista". En realidad quienes lo han llamado "Usurpador" no dejan de tener razón, pues el astuto Wang, de simple Regente pasó a Emperador mediante el proceso de "eliminación" de algunos "Emperadores-niños" y en el año 9 D. C., intentó encabezar una nueva Dinastía, derrocando definitivamente a la centenaria y noble Dinastía Han, a la cual pertenecían todos aquellos vástagos "liquidados". Pero Wang-Mang era un estadista formidable y además un letrado para quien los Libros de Confucio no tenían secretos, ni el Tao Teh-King, ni el Ching-King". Era además un demagogo, a la moderna, que llegó a adquirir una popularidad no igualada entonces por ningún Emperador, pero sucedió con él lo que con muchos grandes reformadores: no supo detenerse a tiempo. Y esto lo perdió. Sus tres primeras reformas fueron de gran calibre: nacionalización de las tierras, igual distribución de las tierras cultivables y abolición de la esclavitud. Enseguida y mientras esta gigantesca empresa estaba en marcha —y lo que es

más grave, sin saberse todavía sus resultados prácticos— el audaz Emperador decretó los llamados Seis Monopolios del Estado, a saber: Sal, Hierro, Vinos, Minerales, Moneda, y Bancos y Créditos. Todo esto estaba complementado con: estabilización de precios, confiscación de los beneficios excesivos en el comercio, empleo de estos fondos confiscados en préstamos a los pobres, préstamos sin interés y anticipos para montar pequeñas industrias.

Si China hubiera sido un país un poco menor (sus fronteras eran casi tan extensas en ese tiempo como ahora), es posible que Wang-Mang y su "socialismo de estado" hubieran triunfado. Pero, con aquellas enormes distancias y la dificultad de las comunicaciones, la primera y segunda medidas resultaron casi impracticables. Wang-Mang luchó como un titán: fueron millares de terratenientes los que fueron ajusticiados por resistir la confiscación de sus tierras y negarse a liberar sus esclavos. Una multa de 3.600 yuans por esclavo "no liberto" se aplicaba a los señores rebeldes a la medida. La nobleza saboteaba veladamente la nacionalización de las tierras y pocos años después del Primer Edicto, en el año 12 D. C., el asunto de las tierras confiscadas —llamadas "tierras del Emperador"—eran un caos que nadie ya entendía, lo que

obligó al reformador a derogar su decreto. Para colmo de males y en medio de las convulsiones internas que sacudían el Imperio, los Hunos-Mongoles asomaron sus hordas por encima de la Gran Muralla. Los partidarios de la Dinastía Han se plegaron a los invasores —como suele en estos casos suceder— y favorecieron el ataque a modo de "quinta-columna". Los Han estaban profundamente resentidos con Wang-Mang no sólo por haber éste quitado del trono —con buenas y malas artes— a los Emperadores-infantes, sino también —lo que es mucho más grave en China— por haber profanado las tumbas de los viejos Emperadores Han para incautarse de las joyas y valores allí encerrados y afrontar con ellos las obligaciones de la caja fiscal en bancarrota. Así fué como, después de doce años de luchas con los tártaros, Wang fué abatido y sitiado en su capital Chang-han; cuando los bárbaros entraron en la ciudadela, el tercer día de la Décima Luna del año 23 D. C. el Emperador "Socialista" se atrincheró en su palacio y allí fué asesinado por un comerciante: acto simbólico, sin duda este de que fuera un hombre de comercio el que abatiera la vida de aquel que tanto había perjudicado a su gremio. Su cuerpo fué después descuartizado y los miembros arrojados a los cuatro vientos de la ciudad.

Así terminó la primera aventura socialista en el "País del Dragón". La tierra volvió a sus antiguos o a nuevos dueños, los esclavos por cuya liberación habían luchado los filósofos de la Edad de Oro, volvieron a uncir sus cadenas y los precios quedaron en libertad de expandirse y crecer a voluntad de los todopoderosos mercaderes.

Durante dos mil años no ha habido titán con fuerzas para repetir la hazaña de Wang-Mang, con la excepción tal vez de los "Diablos Rojos" de Yenan, que ni han ido tan lejos como Wang, ni han operado en la misma escala, ya que ellos actúan solamente en un rincón de cuatro provincias de la Gran China.

Juan Marín.

San Salvador, El Salvador, 1945

GLORIA AL BRASIL

A mi querido amigo, el Sr. Embajador Francisco Negro de Lima.

Gloria al Brasil, del río y la montaña;
del cielo azul, el mar y la bahía;
del café, la fariña y de la caña;
del cebú, del palmito y la sandía.

Del caucho, de la orquídea, de la araña
y del diamante que deslumbra al día;
del oro que la mina desentraña;
del hierro y la pujante factoría!

Brasil heroico, cuya sangre ibérica
germina y triunfa en el crisol fecundo,
es el noble león que se desplaza

e interpretando el ideal de América
va a defender la libertad del mundo
en el solar latino de la raza.

Diego Córdoba.

(Envío del autor. Asunción,
Paraguay, enero, 1945).

YA SIN GUERRA PERO AUN SIN PAZ

(De Ultra. Habana, Setbre., 1945)

Solamente los que han muerto en la guerra son los que ya tienen paz. Si por nuestro mundo dicen que terminó la guerra, nadie puede asegurarnos de que ya la paz nos llegó.

En Rheims y en Tokio se han firmado las rendiciones de las potencias enemigas, un día fuertes, temibles, desafiantes, traidoras y fanfarronas. Cuba ha festejado como las demás Naciones Unidas, el fin de las matanzas humanas y la humillación bélica del autoritarismo absolutista y tiránico, que en este siglo fué revivido con caretas de "totalitarismo" para engañar otra vez a los pueblos.

El de Cuba anhela como todos la paz, mediante el triunfo de la democracia en su tierra como en el resto del mundo; pero no se hace ilusiones. Ni el legítimo gozo de la episódica victoria militar recientemente obtenida le nubla la visión de los peligros presentes para el definitivo triunfo integral de la "democracia" y de las famosas "cuatro libertades", que tanto han costado ya.

Concluyó la guerra de Europa y luego la de Asia; pero aun no se logró la pacificación. Las realidades y las ficciones de estos últimos tiempos, tan llenos de congojas, atrocidades e hipocresías, crearon la paradoja de que, a despecho de la semántica tradicional de cada idioma, se reconociera la existencia de estados definidos como de "beligerancia", pero sin contienda marcial. Pues así nos hallamos todos ahora en anfibológica "beligerancia"; de algún modo hay que decirlo. "Beligerancia no guerrada"; sin guerra pero también sin paz.

Terminó el poderío de Alemania y en Potsdam se declararon abolidas las leyes y las fuerzas que imponían la "religión de la sangre", la predicada por Rosenberg,

la que el mesiánico de *Mein Kampf* había de extender por todo el orbe con el dominio de la "raza superior", la de los amos biológicos, la "raza de los Herrenvolk", escogida para subordinar a las demás "razas", que eran condenadas a perenne servidumbre. Pero el "mito de la sangre" y de su predestinación hereditaria continúa pidiendo sacrificios y holocaustos. En el Reich se derogaron las leyes de Nuremberg, pero fuera de Alemania, millones de infelices siguen sufriendo inferiorizaciones so pretexto de "raza". Se ha excomulgado el mito de la sangre "aria"; pero fuera del Reich se permiten los privilegios hereditarios de una "sangre azul" no menos fabulosa. Se declara anatema la "religión de la sangre", pero aún se acatan las bárbaras "dinastías divinas". Sobre los pueblos de Europa se quiere imponer el dinastismo a la fuerza, contra la voluntad de los pueblos, y en Asia, entre los rayos y truenos de la gran derrota de su pueblo, el "dios-emperador" resurge con un nuevo nimbo de gloria, invicto y de hecho exaltado en la mítica celestialidad de su linaje.

Se puso fin a la horrorosa guerra con las armas; pero sigue otra, también con víctimas y dolores humanos. Ya no habrá que matar alemanes ni japoneses; ahora hay que matar el hambre, la epidemia y la injusticia. Contra la paz de la humanidad los mitológicos jinetes apocalípticos continúan galopando en sus corceles como sigue Hirohito en su caballo blanco. Tarde la paz.

La paz verdadera no podrá ser sino cuando se acaben los "apaciguadores". Y los caballos blancos. Con toda la humanidad en pie. Sin más "mitos de sangre"; sin herencia de dioses, ni de razas, ni de dinastías, ni de señoríos, ni de privilegios.

Fernando Ortiz.

MAS ALLA DEL DOLOR

(De mi libro inédito: *Las visitas de Zaratustra*)

Más allá del dolor existe la zona de Dios: la zona donde se gesta el rayo. Pero es el rayo que se desprende de la nube del cosmos no para fulminar el espíritu sino para alumbrar la tiniebla.

Dentro de la tiniebla caminan los hombres. Unos pueden ver el sendero, otros no.

Para los que no pueden ver el sendero es el rayo que se gesta más allá del dolor: el rayo de Dios. Cuando logran, dentro del relámpago que produce el rayo, contemplar el sendero, se retuercen y gimen. El dolor trabaja entonces: el dolor que redime; el dolor que salva, el dolor que los hace devolverse sonrientes y recomenzar el camino que vieron dentro del rayo de Dios. Luego, el dolor que hace retorcerse al hombre y lo hace llorar, es el dolor de su satisfacción porque es el arrepentimiento de sus grandes errores y es, al mismo tiempo, la iniciación de su grandeza.

El hombre ignora su propio yo.

Pensar simplemente, no es ser.

Se piensa para el bien y se piensa para

el mal. Cuanto más se piense para el bien, más se Es. Cuanto más se piense para el mal, más no se Es. Luego: ser es saberse bueno, puro, ojalá un iluminado.

No ser es no saberse malo dentro del mal y creerse bueno haciendo el mal.

El espíritu tenebroso crea su propia ética: la ética del mal; y quienes con él estén, tanto mejores son, tanto más buenos dentro de esa ética cuanto más malos sean. Para esos espíritus sórdidos el mal que triunfa es el mal que redime. Como las luciérnagas, alumbran con intermitentes chispazos en la profundidad de las tinieblas. Pero esos ligeros chispazos sólo les permiten ver el plano donde operan.

Buscarse es lo más difícil; pero cuando el individuo se ha encontrado en sí mismo, ya puede decir que Es. Mientras no se encuentre, no Es. No encontrarse, es vivir en la tiniebla. Por eso, cuando el rayo de Dios que se gesta más allá del dolor sorprende al hombre y lo hace darse cuenta de que se ha alejado de sí mismo por haberse alejado del bien que es alejarse de Dios, sufre, llora, se retuerce

AHORRAR

es condición sine qua non de una vida disciplinada

DISCIPLINA

es la más firme base del buen éxito

LA SECCION DE AHORROS

— DEL —

Banco Anglo Costarricense

(el más antiguo del país)
está a la orden para que Ud.
realice este sano propósito:

AHORRAR

porque él creía que los fuegos fatuos de sus errores eran la verdad.

No obstante, el latigazo de luz del rayo que viene de más allá del dolor, o sea, de la zona de Dios, lo purifica: lo hace darse cuenta de que no se conocía a sí mismo.

El hombre comienza a ser, no cuando simplemente comienza a pensar sino, cuando comienza a pensar dentro del bien. Cuanto más piense el hombre dentro del bien y menos dentro del mal, menos lo castigará el rayo de Dios que se gesta más allá del dolor.

Estar en la satisfacción del bien es estar en Sí, es conocer el camino.

La luz perenne de la verdad alumbrará el camino de los elegidos. Los elegidos tuvieron caídas, pero el dolor de sus desiertos que pudieron ver a través del rayo que vino de más allá del dolor, que pudieron ver y que pudieron sentir, los fué colocando, poco a poco, en la senda de la verdad. Por eso son los elegidos.

Luego: ese lugar sagrado donde se gesta el rayo de Dios, existe aquí: lo tenemos nosotros mismos. Busquemoslo.

Se despidió Zaratustra para volver a la mañana siguiente.

J. Frco. Villalobos Rojas.

(Envío del autor. Alajuela, Costa Rica, octubre de 1945)

TAMBORITO

(Envío del autor. Panamá)

Tócale bien, repicador, porque ella sabe bailar con arte y donosura, miren qué linda está; qué linda y bella, girando con pasión y con locura.

Oigan: ya canta la tonada aquella, que dice de un amor sin desventura, su grácil cuerpo agita: la doncella en su pollera es toda una escultura.

El galán va trajeado de montuno y echa un piropo raro y oportuno, que ella no oye, por el mucho grito.

Alegre carnaval, vuelve ligero, que otra vez a la niña, admirar quiero, cuando baila, feliz, el tamborito!

Eduardo Maduro.

EDITOR:

J. GARCÍA MONGE.

TELEFONO 3754

CORREOS: LETRA X

En Costa Rica:

Suscripción m.n. ₡ 2.00

Repertorio Americano

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública, no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.

EXTERIOR:

EL TOMO

(30 números):

\$ 5 dólares

Giro bancario sobre
Nueva York

OMAR DENGÓ

(En el Rep. Amer.)

Palabras de Emma Gamboa en el homenaje a Omar Dengo que discípulos y amigos de este maestro le dedican en el 17 aniversario de su muerte.

Hombre helénico en la concepción integral y estética de la vida: su biografía bien podría figurar entre las más bellas que escribiera Plutarco. Su rostro es griego, varonil y noble; su voz es brillante en la vehemencia y honda para la ternura y el consejo; el gesto de su mano es de flor cuando la palabra hace florecer los espíritus, y de llama cuando hay que encender la dignidad en ellos.

Lo evoco y emerge de mi recuerdo con personalidad perfectamente delineada, y es porque su virtud mayor, la que ha vaciado su figura en el bronce de la inmortalidad, es la de ser hombre íntegro. Esta virtud es la definición de su espíritu. La estructura de su integridad se levanta sobre el cimiento de una filosofía suya en la que se unen el deleite helénico de ser amante de sabiduría y una concepción de bien y de justicia que abraza lo humano y lo levanta a los linderos de lo divino. Su moral es una con su estética y con su comprensión de los hombres y del universo. Conoce su San Pablo y es de aquellos que tienen oídos al Sermón de la Montaña; pero también escruta las voces del lejano Oriente tras el rastro de tesoros acuñados por siglos. Precisamente porque tiene visión universal puede armonizar en su filosofía el amor de Jesús con la majestad de Minerva.

Su mente está abierta al examen generoso de las ideas y, ágil cazadora, puede captar al vuelo las verdades esenciales. Está asombrosamente al día en política internacional, en lo que experimentan los Curie, esculpe Rodin, discute John Dewey o ritma Lugones. Frente a su país expresa opinión que es daga o donosura pero siempre verdad limpia. No mancilla su dignidad con lo vano o lo falso. He aquí el caso extraordinario de un hombre puro: prefiere ser maestro que diplomático por lealtad a sí mismo. Y también alguna vez deja la cátedra por no servir a un gobierno desautorizado; la deja sin queja ni alarde y va a vivir de un trabajo rural con sobriedad casi franciscana.

A su voz se quedan las muchedumbres en silencio; pero su obra ináxima está en la conversación con los jóvenes. Esta obra no está escrita, integrada es en la vida misma de aquellos que saben escucharle. En el aula se desenvuelve con ciencia y arte. Parece, a veces, que ha disparado una flecha a una estrella. Es un creador y alienta a una juventud creadora. Es idealista, sí; pero es el suyo dinámico idealismo. Su trabajo lleva rumbo trascendente; no es de mero cumplimiento académico. Es un erudito, pero más que su erudición, le concierne la vida de los jóvenes. Asume responsabilidad plena guiándolos en la disciplina de los estudios, en la salud física, en el uso de las diversiones, en el ejercicio respetuoso de las libertades, en la pulcritud de las costumbres. A su escuela no le bastan las horas de clase. La biblioteca funciona tarde y noche, se reúnen en grupos los aficionados a distintas disciplinas, hay intercambio cultural con los graduados y la comunidad. Las fiestas son jubilosas, pero el buen humor y la alegría cobran valor constructivo de vitalidad. No puede ser de otra manera, porque hay un clima sano en la obra total que se deriva de la determinación clara de una mente y un corazón directrices.

Algunos, los mezquinos de espíritu, no entienden para su mal la obra de este maestro, y ríen de su idealismo; pero la semilla de luz no pierde su fecundidad aunque haya inviernos que retrasen las floraciones.

De este hombre la mejor lección de ideales es su propia vida. Un oriente lo guía: su determinación de servir, y una modalidad lo afirma: su decoro. En los momentos en que lo profundo del alma se prueba, Omar Dengo tiene la actitud precisa, de valor, de fuerza, de sacrificio; pero siempre desde la cumbre de una entereza que sólo da la seguridad de la intención honrada.

La muerte suya no difiere, en actitud, a la de Sócrates. Se despidió de los que ama con alientos de fe en la vida y en aquella culminación serena de su espíritu resplandecen las palabras de San Pablo: Sorbida es la muerte con victoria.

Emma Gamboa.

Heredia, Costa Rica.



SOBRE LA MUERTE DE FERNANDO BRENES

Hablo en nombre de todos

(Atención de la autora)

Con la mirada huyendo en una lágrima,

*Cómo hacemos, amigo,
para decirte,
que estamos casi al frente de nuestro cuerpo,
desgajados
puros
en pleno alumbramiento con tu muerte,*

Cómo hacemos con tu velocidad aniquilada,

*Cómo hacemos, amigo, para decirte
que estamos más arriba de la frente,*

*Que hemos llegado a tu ciudad muy húmedos,
todos al borde de un escalofrío,
al filo de una lágrima,*

*Cómo hacemos todos
llorando a la orilla virginal de tu pañuelo,*

*Cómo hacemos
amigo, para decirte,
que tu semblante sube aislado y hondo,
y tu paso adelántase suavísimo,
a tono con el fiel de la congoja,*

*Porque es que ahora
se detiene tu olor en la fragancia,
y tiene un gesto de agua
tu silencio,*

*Porque es ahora que se pone
tu carne toda larga,*

tu piel toda brumosa,

*y tu materia esquiva
se vuelve terminante a cada beso,*

*Cómo hacemos
tan turbios, nosotros,
como establos,
como piedras,
tan tersos todos,
tan cambiados;*

Tan faltos hasta de tu solapa familiar,

*Si la brutal ternura se amontona,
y el cielo cae de tu alma
en cada pecho,*

*Cómo hacemos,
hermano
para decirte*

Eunice Odio.

Costa Rica, enero 8 del 46.